

MICHELLE DURÁN

EL CLICHÉ

IM

perfecto

QUE SOMOS



FANDOM BOOKS

EL CLICHÉ

IM *perfecto*

QUE SOMOS *tú*

y yo

1.ª edición: octubre de 2024

© Del texto: Michelle Durán, 2024

Publicado por mediación de Ute Körner Literary Agent.

Todos los derechos reservados.

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2024

C/ Valentín Beato, 21, 28037 Madrid

www.fandombooks.es

Diseño de cubierta: Alantaire, 2024

ISBN: 978-84-19831-12-5

Depósito legal: M-15792-2024

Impreso en España - *Printed in Spain*



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

MICHELLE DURÁN



EL CLICHÉ



IM *perfecto*



QUE SOMOS



tú



y yo

FANDOM BOOKS

*Para Alba y Dani.
Gracias por enseñarme otro
significado de la palabra «familia».*



I. Axel

Axel Waters no estaba pasando por su mejor momento. El fin de semana se le había hecho eterno. Se había encerrado en su habitación y lo único que había hecho había sido comer ingentes cantidades de comida basura y quemar Netflix.

Su madre había intentado hablar con él en un par de ocasiones, sin éxito. La primera, poco después de la ruptura, cuando seguramente había escuchado sus sollozos a través de la puerta y su instinto maternal la obligó a intervenir. Pero Axel no quería hablar con nadie, así que la echó a gritos y se enterró debajo de las sábanas. La segunda había traído refuerzos con ella. Su padre era un hombre tímido y dócil que nada entendía sobre el corazón de los adolescentes; su conversación había sido corta y poco efectiva. Así que los Waters, rindiéndose ante la evidencia, al final habían decidido dejar a Axel solo para que pudiera lamerse las heridas.

Que te rompan el corazón es una gran putada, y si no que se lo dijeran a él.

Axel solo había conocido el amor una vez en su vida, y todo había terminado fatal. Había sido una ruptura dramática, lacrimógena y que le había hecho jurar que jamás volvería a permitir que Cupido lo alcanzara con una de sus flechas. Ahora, Axel se debatía entre tomar el hábito o mudarse a la Antártida para no tener que ver más al motivo de tanto sufrimiento, algo que acabaría ocurriendo tarde o temprano, porque Key Parker era el mejor amigo de su hermano.

Ben era el único de los Waters que no había intentado hablar con él, quizás debido a que ya sabía lo que había pasado, o igual no le interesaba. Ese mutismo le venía genial a Axel; lo último que quería en el mundo era hablar con su mellizo. Ahora que sabía que Key siempre había estado enamorado de Ben, era incapaz de mirarlo sin querer pegarle un puñetazo.

Su amor por Key había sido rápido e inesperado; su relación apenas había durado unos pocos meses, pero Axel temía que le hubiera dejado una marca permanente.

El lunes su madre entró en su habitación antes de que sonara el despertador. Axel soltó un gruñido y le dio la espalda, pero su madre no pensaba dar su brazo a torcer y descorrió las cortinas.

—Arriba, Ax. Tienes que ir al instituto.

—Todavía me quedan un par de minutos de sueño.

—Tu padre ha preparado el desayuno. No querrás que se te enfríen las tortitas, ¿verdad?

Axel sacó la cabeza de su escondite y miró a su madre, que sonreía de manera forzada pero decidida. Había perdido la batalla.

—Está bien.

—Te espero abajo. —Su madre se marchó de su cuarto antes de que él pudiera replicar.

Axel se incorporó sobre la cama y miró el móvil. Tenía un par de llamadas perdidas de Lissa, cuatro mensajes de Dave y cero señales de vida de Key. Se le retorció un poquito el corazón, aunque ya se lo esperaba. Había sido él quien lo había bloqueado en todas partes, al fin y al cabo.

Apenas quince minutos después, Axel ya estaba sentado en la mesa de la cocina y devoraba su primera ronda de tortitas. Siempre había creído que tener el corazón roto quitaba el apetito, pero no había sido así en su caso; su estómago estaba en plena forma.

Su madre bebía café mientras fingía leer el periódico; y su padre, ataviado con un delantal y con la espátula en ristre, apuraba

la masa y preparaba las últimas tortitas. A Axel no se le pasaban por alto las miradas que ambos se lanzaban de hito en hito.

—¿Qué tal las tortitas? —preguntó su padre, llamando su atención.

—Muy ricas —se obligó a contestar Axel. Cortó un gran pedazo y se lo metió en la boca.

—Me alegra que te gusten.

Él asintió, más por hacer algo que por seguir la conversación. Fue en ese momento cuando llegó Ben.

Su hermano se detuvo bajo el umbral de la puerta y Axel tragó. El bocado le supo a alquitrán.

—Hola —saludó el menor de los mellizos Waters. Tomó asiento en su lugar habitual y se echó tres tortitas en el plato.

—Buenos días, cielo —saludó su madre. Al parecer ya se le había pasado el enfado de verlo llegar a casa borracho—. ¿Has dormido bien?

—Más o menos.

En realidad, parecía que más *menos* que más. El rostro de su hermano tenía profundas marcas moradas bajo los ojos. Sin embargo, Ben no añadió nada y su madre tampoco insistió.

Axel se levantó, aunque todavía le quedaban restos de tortitas en el plato, y se dirigió hacia la pila. Sentía todos los ojos de su familia clavados en la espalda, y tuvo que hacer un gran esfuerzo por no ponerse a gritar.

—Me voy a clase —anunció, y se dio media vuelta, dispuesto a marcharse.

Su madre fue la primera en reaccionar. Pestañeó un par de veces, sorprendida.

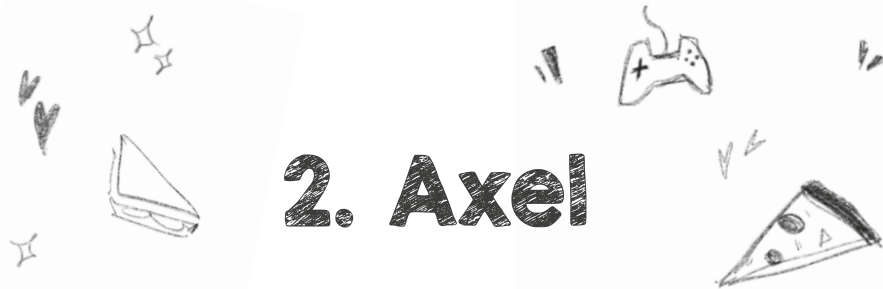
—¿Quieres...? ¿Quieres que te lleve en coche? Es pronto y...

—No —la cortó él—. Prefiero caminar.

Nadie lo rebatió, y él aprovechó el silencio para salir de la cocina. Apenas había llegado al descansillo y cogido la mochila cuando sintió que alguien le tiraba del brazo. Le sorprendió descubrir que se trataba de Ben.

—Axel. —Su hermano carraspeó, visiblemente incómodo—. Sobre Key...

No quiso escuchar nada más. Sabía que Ben no tenía la culpa de lo que había ocurrido, pero en esos momentos le costaba estar en la misma habitación que él. Así que se zafó de su agarre y salió de casa dando un fuerte portazo.



2. Axel

Lissa estaba esperándolo en la parada de autobús. A esas horas de la mañana esta estaba llena de estudiantes que, como ellos, se dirigían hacia el instituto de manera pesada.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Axel. Lissa tenía la suerte de vivir cerca del instituto, así que no solía pillar el bus.

—Me ha traído mi padre en coche —contestó su amiga, mirándolo de arriba abajo. Su ceño estaba ligeramente fruncido y parecía molesta—. Habría ido a buscarte a casa, pero alguien me lleva ignorando todo el fin de semana, así que...

Ah.

La culpabilidad le mordió la boca del estómago, y Axel se encogió un poco sobre sí mismo. Bajó la mirada hacia sus desgastadas Converse.

—Ya... Ha sido un finde complicado...

—Me imagino.

—Sí.

Lissa no habló, y él tampoco supo qué más decir para justificarse.

Su amiga tenía razón: Axel llevaba todo el fin de semana ignorando sus mensajes. Esa actitud de por sí no era extraña, puesto que lo hacía muy a menudo, especialmente cuando se enganchaba a algún anime o se viciaba durante horas a cualquier videojuego, pero seguro que su madre la había llamado para comentarle la situación.

El autobús apareció en la distancia y Axel sacó el abono transporte de su monedero. Sin embargo, antes de que pudiera poner un pie dentro del vehículo, su amiga le tiró de la muñeca y lo obligó a salir de ahí. La gente se quejó, pero a Lissa no pareció importarle. Sin soltarlo, caminó calle abajo en dirección contraria al instituto.

—¿Lissa? ¿Qué narices...? —preguntó Axel, sorprendido—. Por si lo has olvidado, ¡tenemos clase!

—¡Olvídate de las clases! —le espetó ella. Su respuesta fue tan intensa que se le escurrieron las gafas por el puente de la nariz—. ¡Tú y yo vamos a hablar ahora!

Axel abrió la boca para replicar, pero la cerró al ver la mirada que le dirigió Lissa.

Algo le decía que no tenía otra opción.

Su amiga no lo llevó muy lejos; solo se apartó de la parada lo suficiente como para poder hablar sin que nadie los molestara.

—Perdón por el secuestro —se disculpó. Esperó unos segundos durante los que parecía que se estaba peleando con las palabras y, al final, chasqueó la lengua, y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Dios, ni siquiera sé cómo empezar esta conversación.

—Solo... suéltalo. —Axel echó un vistazo a su alrededor. Sí, estaban solos, pero no podía evitar sentirse nervioso. Key y él ya no eran nada, pero tenía la impresión de que hablar de él estaba mal, como si lo estuviera traicionando al hacer público algo que no debía. Lo cual era una tontería, porque Lissa era su mejor amiga y era evidente que estaba preocupada por él. Axel sabía que, dijera lo que dijera, no saldría de aquí—. Creo que ya estoy listo para hablar sobre el tema.

Su amiga le lanzó una larga mirada y asintió.

—¿Qué ha pasado?

¿Por dónde empezaba? ¿Por esa noche de sábado en la que Key se había presentado en su casa sin avisar? ¿Qué le decía? ¿Le hablaba del día de Navidad que habían pasado juntos? ¿De aquel primer beso tan desastroso? ¿Le contaba su «primera cita» no oficial en ese

maratón de cine de terror? ¿Y los nervios, las inseguridades? ¿Y aquellas primeras veces, al principio en el hotel, luego en su cuarto? ¿Le explicaba aquel «Te quiero» susurrado la noche de la celebración del cumpleaños de Key que puso todo su mundo del revés?

¿Cómo podía resumir lo que Key le había hecho sentir, lo que *aún* le hacía sentir, si ni siquiera podía hablar de él sin que la voz le temblara?

Se le llenaron los ojos de lágrimas y, soltando un taco en voz baja, se apresuró a secárselas con la manga de la sudadera.

Sentía un nudo insoportable en la garganta.

—Estoy enamorado de Key.

Lissa hizo una pausa.

—Entiendo —dijo finalmente. Sin que Axel lo viera venir, volvió a tirar de él y le obligó a tomar asiento en uno de los bancos de la calle. Sin embargo, no le soltó la mano, sino que entrelazó los dedos de ambos de manera cariñosa—. ¿Y... ha pasado algo entre vosotros?

—Estuvimos saliendo durante unos meses —susurró. Cómo le escocía hablar en pasado—. Al principio solo éramos amigos. Vino a casa la noche de la cita entre Ben y Johanna y luego seguimos pasando tiempo juntos y... después descubrí que me gustaba, y que yo le gustaba a él. O eso me hizo creer, porque al final resulta que él está enamorado de Ben. O lo estaba, pero no me lo contó. Me ha mentado. Me ha...

—Espera —interrumpió Lissa—. ¿Key y Ben? No, rebotemos. ¡Key y *tú!* Es como... ¡Guau! A ver, no te voy a mentir, algo me olía, pero una parte de mí me decía que eran imaginaciones mías y que he visto muchas pelis y... Sí, vale, perdón, te dejo continuar. Volvamos al tema de que Key estaba enamorado de Ben. Que, de nuevo, ¡guau!

«Sí, guau», pensó él con tristeza.

—Al parecer, siempre lo estuvo —continuó, la voz amarga como un pomelo—, pero a mí no me lo dijo hasta que empezamos a salir y...

—¿Y?

Axel tomó aire. El rostro le empezó a arder y sus mejillas adoptaron un tono rojizo, pero él se obligó a no apartar la mirada.

—Hasta después de estar... juntos.

—¿Juntos? —Lissa parpadeó y abrió la boca como un pez—. ¡Ah! Te refieres a *juntos*. Vale. Eh... Bueno, no me esperaba que... —Carraspeó, visiblemente incómoda. Ahora que Axel lo pensaba, jamás habían hablado de este tema—. No esperaba que tú ya... ¿y qué tal?

—¿Me estás preguntando cómo es follar con Key?

—¡No, Axel, por Dios! —Lissa negó con la cabeza, horrorizada—. Es solo que... ¡no sé qué decir! Ni siquiera sabía que te gustaran los chicos.

—Y no me gustan —se apresuró a aclarar—. Quiero decir... No me gustan como Key.

—Pero tampoco te gustan las chicas, ¿verdad?

Axel hizo una mueca.

—No.

En realidad, solo Key le había hecho sentir algún tipo de deseo sexual, y había ocurrido cuando habían profundizado en su relación. Aunque, si tuviera que escoger, suponía que prefería acostarse con chicos antes que con chicas. Sus rasgos le llamaban más la atención, quizás, como le había pasado con el rubio. Nunca le había atraído una chica, y era algo que seguramente jamás pasaría.

El silencio que siguió a la revelación fue largo y un tanto incómodo. Hablar de su relación con Key todavía le dolía, y Axel no se imaginaba un futuro en el que no lo hiciera.

Las ganas de llorar volvieron a quemarle el pecho.

Lissa le apoyó la cabeza sobre el hombro. Le olía el pelo a su champú habitual; un aroma que le recordaba a su infancia y que lo reconfortó.

—Lo siento muchísimo, Axi —murmuró su amiga—. Si te soy sincera, creía que solo habíais discutido. Que él la había cagado porque, bueno, es Key. Pero no me imaginaba que...

—No sé qué hacer, Liss —confesó, con la voz rota—. Sigo queriéndolo mucho. Y quiero creerle. Quiero creer que de verdad no supo gestionarlo, que le daba miedo, pero... Pero ahora solo puedo pensar en que me mintió, y en que ya no puedo confiar en él. No puedo evitar compararme con Ben porque siempre ha sido el Waters bueno, y yo solo soy... solo soy yo.

Lissa alzó la cabeza como un resorte.

—¡Ni se te ocurra decir eso, Axel Waters!

Un sollozo se le escapó de la garganta.

—Qué mierda —masculló—. Cómo odio esto.

Esa vez fue el turno de su amiga de guardar silencio. Y Axel se derrumbó. Se dobló sobre sí mismo, abrazándose el estómago y lloró.

Seguía pensando en Key. Todavía quería llamarlo y besarlo, retroceder en el tiempo. Pero no podía. Nada cambiaría el hecho de que el rubio le había ocultado la verdad, y de que él se comparara con Ben y se sintiera el perdedor.

La dinámica de su relación nunca volvería a ser la misma.

Lissa lo abrazó y lloró con él. Lloró hasta que a Axel ya no le quedaron más lágrimas dentro y respirar fue más sencillo. Después, guardaron silencio, el silencio cómplice y cariñoso que se adquiere tras muchos años de amistad.

Lissa fue la primera en romperlo.

—Deberías hablar con Dave. —Volvía a tener la cabeza apoyada sobre su hombro y una de las manos, entrelazada con la de Axel, le hacía cosquillas en la piel—. Él no sabe nada y está preocupado por ti.

Axel asintió.

—Lo sé. Es solo que... Ni siquiera sé cómo empezar. Contigo es más fácil. Siempre lo ha sido.

—Pero Dave es tu mejor amigo. Y te quiere, Axi, te quiere muchísimo. Me llamó, ¿sabes? Ayer por la noche. Llevamos sin hablar más de un mes y me llamó porque no contestas a sus mensajes ni a sus llamadas y quería saber si estabas enfadado. —Lissa soltó una risita, aunque no fue muy alegre—. Habla con él.

Axel era muy consciente de que, aunque su relación con Dave no estuviera pasando por su mejor momento, eso no le daba derecho a ocultarle la verdad. Su mejor amigo llevaba meses raro, y él se había escudado en esa actitud, aprovechándola para no sentirse culpable por no contarle lo de Key.

Antes de su relación con el rubio, Axel había dado muchas cosas por sentado. Había confiado en que no se enamoraría jamás. Había confiado en que su tendencia a aislarse se debía a que la gente le caía mal, y no a que tenía miedo de abrirse a los demás. Había confiado en que Lissa, Dave y él permanecerían juntos eternamente, o al menos hasta que terminaran el instituto. Jamás se le había ocurrido pensar que su amiga pudiera estar enamorada de Dave, o que este se echaría novia y querría pasar algo de tiempo con ella; nunca se imaginó que su amistad pudiera cambiar tanto ni que su manera de verse, comportarse o sentirse pudiera ser de otra manera a la que había sido desde que aprendió a hablar.

Pero lo había hecho. Y si Axel quería que las cosas volvieran a la normalidad, tenía que empezar a poner de su parte.

Había llegado el momento de ser sincero.



Aparentemente, Key Parker lo tenía todo. Su padre era uno de los odontólogos más afamados del norte de Inglaterra y su madre una neurocirujana de reputación mundial. Su hermana mayor, Pony, era un espíritu libre que había estudiado Arte en la universidad y que se estaba labrando un futuro en el mundillo cultural. Su cuñado, Joe, era un escultor independiente que tenía un estudio en Londres y cuyas obras colmaban los *posts* de Instagram de millones de usuarios en la red.

Él era deportista, y de los buenos. Su talento en el atletismo no era un secreto para nadie. Su instituto tenía vitrinas llenas de trofeos suyos, y el periódico de la ciudad solía entrevistarlo porque lo consideraba una pequeña celebridad local.

Su vida había sido fácil y colmada de atenciones. Sus padres, aunque ocupados con sus respectivas carreras, siempre habían sacado tiempo para él. Su hermana mayor lo adoraba y ambos estaban muy unidos. Key tenía un grupo de amigos escandalosos que eran como una segunda familia y con los que sabía que podía contar pasara lo que pasase, y sus compañeros de clase besaban el suelo que pisaba. Solo tenía que alzar el móvil, buscar en su interminable lista de números y, con el simple hecho de chasquear los dedos de una mano, le salían mil de planes a los que apuntarse.

Sin embargo, el único contacto que realmente le importaba no contestaba a sus llamadas. Lo había bloqueado en todas partes.

Y, aunque Key sabía que se lo merecía, el dolor no se le iba del pecho.

Cuarenta horas. Casi un fin de semana completo. Ese era el tiempo que había pasado desde su ruptura con Axel.

No era la primera vez que Key rompía con alguien. Chicas, algún que otro chico... Su relación más larga apenas había durado seis meses. Charlize era una compañera de su clase de Química Avanzada, un flechazo inesperado. Key tenía quince años y estaba muy salido. Acababa de perder la virginidad y solo pensaba en repetir la experiencia, así que ligaba y se acostaba con quien fuera sin ningún tipo de compromiso. Tinder, Instagram, todo le servía. Charlize, por el contrario, era emocionalmente responsable, algo tímida, bajita y atractiva de una forma nada normativa. Era, en definitiva, lo opuesto a él. Nada presagiaba que pudieran interesarse mutuamente, pero pasó. Gracias a un trabajo que los había obligado a pasar juntos más tiempo de lo normal, lo que al principio pareció una relación cordial y distante pronto se encendió, y al poco empezaron a salir.

Sin embargo, Key no tardó en cagarla, y Charlize rompió con él.

Había pocas cosas de las que Key estaba seguro en la vida, pero, desde luego, una de ellas era que sus sentimientos hacia Ben Waters distaban mucho de lo que se suponía que debía de ser una simple amistad.

La primera vez que se había dado cuenta de que veía a su mejor amigo de otra forma fue a los doce años, mientras jugaban al fútbol en una de las canchas del vecindario. Hubo señales antes, por supuesto, pero no fue hasta entonces cuando la certeza lo golpeó en toda la cara. Era un caluroso junio, y Ben había detenido el partido para secarse el sudor de la cabeza con la camiseta que llevaba puesta. Key le observó, y estuvo a punto de tropezarse con sus propios pies. Algo rugió en su interior, se le encogió el estómago y se puso rojo.

Recordaba perfectamente lo que había pensado, y también recordaba los rápidos latidos de su corazón; fue como si su cuerpo empezase a funcionar por primera vez en ese momento, como si todos los años anteriores no hubieran sido más que el calentamiento para la carrera principal.

«Ben es... es sexy, joder».

Pero tardó poco en desterrar ese pensamiento. Se obligó a recuperar el control y, para cuando retomaron el partido, ya volvía a ser el de siempre.

Aparentemente.

En realidad, desde entonces su fijación por Ben no había hecho más que aumentar.

Le observaba en los entrenamientos del club de atletismo. Le encantaba su sonrisa, su maravillosa sonrisa. Su risa le hacía volar. El brillo pícaro en sus ojos antes de realizar alguna travesura le gustaba más que los cereales del desayuno. Escucharlo hablar era suficiente para alegrarle cualquier día malo.

A los catorce años no le quedó más remedio que asumir la realidad: estaba enamorado de su mejor amigo.

—¡Buenos días, bello durmiente!

Key miró a su hermana y se dejó caer en su silla habitual para desayunar. Pony seguía como siempre: con esas pintas de *hippie* ecologista que tanto la caracterizaban. Su cabello rubio estaba atado en una coleta alta y sus ojos castaños lo observaban con curiosidad. Vestía una sencilla camiseta de talla extragrande (seguramente de Joe) y sostenía una taza de té humeante con los dedos llenos de anillos artesanales.

En la mesa había todo tipo de comida, desde *muffins* de arándanos hasta tostadas de salmón y aguacate. Olía de maravilla. Sin embargo, Key tenía el estómago cerrado, y lo único que se sirvió fue un simple zumo de naranja.

En casa de los Parker la comida siempre era de un cáterin a domicilio. Eran unos negados en la cocina.

Su hermana seguía sin quitarle ojo de encima.

—¿Qué? —le preguntó él, perdiendo la paciencia.

—¡Venga, Key! —exclamó Pony—. En esta casa puede que seamos un poco despistados, pero no tontos. ¿Por qué te crees que estoy aquí?

Ah, se lo temía.

Pony vivía con Joe desde que ambos se habían graduado en la universidad, así que verla desayunando en el salón como cuando eran pequeños era toda una rareza. Key tendría que haberse imaginado que algo así pasaría tarde o temprano.

—No lo sé —contestó, para ganar tiempo—. ¿Porque nos echabas de menos, quizás?

—Eso siempre, ¡pero no es lo importante ahora! —Su hermana hinchó las mejillas con aire infantil—. Es porque papá y mamá te han escuchado llorar durante todo el fin de semana y están preocupados por ti. Y ahora que te veo, yo también lo estoy. ¿Qué ha pasado?

Key sabía que no tenía muy buen aspecto. Llevaba dos noches sin dormir, y aquellos días apenas había salido de su habitación. Su higiene personal había pasado a un segundo plano, y solo se había duchado y afeitado esa mañana porque tenía que ir al instituto.

—Ha sido un finde complicado —dijo.

Se terminó el zumo de un trago e hizo amago de levantarse, pero su hermana lo agarró de la muñeca.

—¡Ni se te ocurra huir! ¿Por qué ha sido un finde complicado?

Key apartó la mirada.

No estaba listo para hablar de Axel con Pony. Key sabía que era bisexual desde hacía ya unos cuantos años, pero no se había atrevido a hacerlo público, ni a sus familiares ni mucho menos a sus amigos. Sí, Conrad se lo había imaginado, pero hasta hace unos días Key no se lo había dicho claramente. Y no porque tuviera problemas para aceptar su sexualidad. Tenía la enorme suerte de vivir en un ambiente tolerante y, al fin y al cabo, seguía

siendo un tío blanco, atractivo y popular, así que salir del armario no habría acabado con sus privilegios. Pero... significaría dar muchas explicaciones. Tendría que hablar de que Ben fue el primer chico que se la puso dura, de la vergüenza que eso le había hecho sentir y de lo traumático que había sido para él llegar a la conclusión de que, aunque le gustaran también los tíos, jamás encontraría a nadie que le hiciera sentir como su mejor amigo. Por eso había decidido guardar silencio todos esos años.

El miedo lo paralizaba. ¿Y si Pony no lo entendía? ¿Y si ponía en palabras lo que Key llevaba pensando todo el fin de semana? ¿Y si le soltaba que era un egoísta y un mentiroso y que se tenía bien merecido todo lo que le había ocurrido con Axel?

A simple vista podía parecer que a Key no le importaba nada y que siempre lo tenía todo bajo control, pero no era cierto. Lo único que había hecho a lo largo de su vida había sido cumplir con la imagen estereotipada que la gente tenía de él. El chico de oro, el deportista, el de las notas de diez, el novio heterosexual perfecto. La realidad era muy distinta. Key era un cabezota, un dramático patológico, un idiota que siempre metía la pata al hablar y alguien a quien le aterraba hasta su propia sombra.

Axel era la única persona con la que se había atrevido a ser él mismo. El único que había sabido ver más allá de su fachada. Axel, su cucaracha cascarrabias, el chico que le había enseñado que el amor podía ser bonito y correspondido, que podía ser sano y no una obsesión enfermiza.

—La temporada de competiciones. Con todo esto de sacarme el carné de conducir y los exámenes creo que no estoy dándolo todo —dijo finalmente. Pony alzó una ceja. No lo creía, pero a él le daba igual—. Estoy un poco agobiado. Quiero abarcar mucho y siento que no voy a conseguirlo. Entrar en Medicina no es fácil. Tengo que mantener una media muy alta. Además, en la última competición quedé tercero, y me preocupa no ser capaz de volver a los resultados que obtenía antes de, ya sabes, la lesión.

El accidente que había sufrido en aquella pista de atletismo era un tema tabú en su familia. No es que no se hablara de él, pero todos los Parker lo trataban con mucho tacto, pues fue muy traumático para Key. Sacarlo a colación era jugar sucio, pero sabía que era la única manera de que Pony lo dejara en paz.

Y no se equivocaba.

—Ah, ya veo. —Pony asintió—. ¿Te duele mucho? ¿Has notado algo diferente? ¿Quieres que vayamos al médico?

—No, no. La rodilla está bien, no te preocupes. —Su hermana guardó silencio y Key aprovechó el momento para levantarse—. Me voy a clase. ¿Nos vemos luego?

—Sí, claro, pero...

Key no quiso escuchar nada más. Le mostró a su hermana una sonrisa forzada y salió del comedor.



Hill parecía enfadado cuando Key se reunió con él y con Conrad esa misma mañana.

—¿Se puede saber qué has estado haciendo todo el fin de semana para ignorar mis mensajes? —le preguntó—. ¡Te he enviado como treinta memes, imbécil, y eran de los buenos!

Conrad puso los ojos en blanco.

—No te creas. Me los ha pasado también a mí y eran una mierda.

—¡Conrad!

—¿Dónde está Ben?

Hill bufó ante las palabras de Key.

—Desaparecido en combate.

El rubio hizo una mueca.

Sus amigos y él solían ir siempre juntos al instituto. Era un hábito que habían adoptado en primaria y que habían mantenido hasta ahora, ya cerca de acabar el penúltimo año de instituto. Sus casas quedaban cada cual más lejos, pero ni la distancia ni la lluvia ni sus otras obligaciones rompían la costumbre.

Key y Hill tenían ya diecisiete años, y ambos estaban en proceso de sacarse el carné de conducir. Key suponía que el camino se les haría más ameno una vez que lo hicieran en coche y no tuvieran que quedar en la estación de metro de al lado de la casa de Hill cada mañana, ya que era la que más cerca les pillaba del instituto.

—¿Ha pasado algo entre vosotros? —preguntó Hill.

—No —contestó Key, tan rápido que no engañó a nadie.

—¿Habéis discutido? —Conrad centró su atención en él. Parecía preguntarle otra cosa muy distinta con la mirada.

«¿Estás bien? ¿Ha pasado algo con Axel?».

Key apartó la vista. Su amigo era la persona más intuitiva del planeta, y nunca se le escapaba nada.

—No lo sé.

Hill alzó las cejas con sorpresa.

—¿Y por qué ha sido esta vez?

Pese a lo que pudiera parecer, la relación entre Ben y Key no era tan idílica. En realidad, discutían muy a menudo. A Ben le gustaba pasárselo bien, las bromas y las jugarretas, pero sabía dónde estaba el límite y solía ser más responsable que Key. Prueba de ello era que siempre le echaba la bronca cuando creía que se excedía en lo referente al atletismo.

Estaba seguro de que Ben se había cansado de llamarle sin tener ninguna respuesta. Por eso se había ido a clase sin ellos, porque Ben odiaba las confrontaciones. Prefería hablar cuando las cosas se calmaban, no en caliente, para no meter la pata.

Además, estaba el asunto de Nico Rush.

—Llegamos tarde. Será mejor que nos pongamos en marcha.

—¡Hostia puta! —Hill le echó una ojeada a su *smartwatch* y comenzó a andar sin esperarlos—. ¡Que tengo Matemáticas a primera hora! ¡Como llegue tarde La Generala me mata!

—¿Quieres dejar de llamar así a la profesora Sanders? —Conrad bufó, caminando mucho más despacio que él—. Si te machaca tanto es porque eres insoportable.

Hill le sacó el dedo corazón. Key sonrió un poco y los siguió.

Por lo menos, las cosas con ellos seguían siendo como siempre.

Buscarlo entre la multitud era algo inevitable.

Su instituto era el típico público de la zona: un edificio construido en los años setenta, con paredes desvencijadas por el tiempo, taquillas mugrientas y estudiantes con cara de sueño.

Tenía una biblioteca que contaba con cuatro libros en su colección y la cafetería servía comida de procedencia cuestionable.

Sin embargo, a Key le encantaba.

Con el dinero de sus padres se podría haber permitido ir a cualquier internado pijo de Inglaterra, como Eton o Harrow School y quizás hubiera sido la opción más inteligente de cara a la admisión en una buena universidad, pero él siempre se había negado. No había nada que la educación pública no pudiera ofrecerle y, además, así por lo menos estaba junto a sus amigos. Key asistía a las clases más avanzadas y su media no bajaba del sobresaliente. Le gustaba estudiar, aunque no lo pareciera, y se le daba bien.

Pero aquella mañana no podía concentrarse. Pensaba en Ben y, sobre todo, en Axel. Se le hacía raro llamarlo exnovio.

Axel y él solo coincidían en gimnasia, y no tendrían clase hasta el miércoles. Key sabía que no ganaba nada presionándolo, que lo mejor que podía hacer era dejar que pasara el tiempo, pero... quería verlo.

La campana sonó, anunciando el fin de la clase. Key se levantó el primero, recogió todas sus cosas lo más deprisa que pudo y salió corriendo del aula. No iba a hablar con él, solo quería saber si estaba bien, solo...

Key era capaz de distinguir a Axel en cualquier parte. Su cabello negro, siempre revuelto, era mucho más suave de lo que parecía a simple vista. Sintió un hormigueo en las palmas de las manos al recordar cómo era apartarle el flequillo de la frente.

Axel estaba con Lissa. Rebuscaba para encontrar un libro en su taquilla pulcramente ordenada mientras despoticaba, enfurruñado.

A Key se le detuvo el corazón durante unos segundos y se le anclaron los pies al suelo. Un par de estudiantes se chocaron con él, pero al darse cuenta de quién era no le gritaron ni le recriminaron nada. En otra ocasión, aquel trato de favor le hubiera molestado, pero no esa vez.

No cuando los ojos de Axel se cruzaron con los suyos, y todas sus buenas intenciones se evaporaron.

Key hizo el amago de acercarse, pero no había dado ni dos pasos cuando una voz lo detuvo.

Era Ben.

—Key, tenemos que hablar.

Su mejor amigo parecía enfadado, y él no sabía qué hacer.

¿Debía ir a hablar con Axel? ¿Con Ben? Por suerte o por desgracia, no fue él quien tomó la decisión. El primero se fijó en el segundo y vio la duda en los ojos de Key. Frunció el ceño y le dio la espalda. Después, cerró la taquilla de un portazo y, tras agarrar a Lissa de la muñeca, se alejó de allí sin mirarlos.

El corazón de Key se contrajo de manera dolorosa.

Suspiró e hizo acopio de todo su valor para girarse y mirar a Ben.

—Está bien —dijo con resignación.

Le esperaba la conversación más difícil de su vida.



5. Axel

Axel y Lissa habían faltado a las dos primeras clases del día. Al final la charla se había alargado y, cuando habían querido darse cuenta, ya era tarde. De nada sirvieron las pobres excusas que se inventaron para justificar su ausencia. El director don «estoy muy decepcionado con usted, señorita Bells» y «esperaba otro comportamiento por su parte, señorito Waters» los hizo llamar nada más poner un pie en el instituto y, mientras fruncía su grotesca y enorme nariz, les echó una buena reprimenda.

Lissa y Axel aguantaron el rapapolvo con estoicismo y orgullo. Cuando salieron del despacho, su madre empezó a mandarle un mensaje tras otro («Creía que con la salida nocturna de Ben ya teníamos suficientes problemas», «Axel Peter Waters, te juro por Dios que vas a tener que darme muchas explicaciones»), pero a él no le importó. Miró a Lissa, su amiga lo miró a él, y ambos soltaron una pequeña carcajada.

Sabían que tendrían que apechugar con las consecuencias de sus actos, pero en esos momentos no les importaba. Solo ahora se daba cuenta de lo mucho que había necesitado hablar con Lissa.

Encontrar a Dave solía ser sencillo. Su mejor amigo repartía su tiempo entre estudiar en la biblioteca y atender sus quehaceres en el club de química. En el pasado, también era habitual encontrarlo junto a Lissa o a él. Aunque solo habían pasado un par

de meses desde la excursión de esquí, para Axel era como si hubiera ocurrido hace años.

Lo primero que hizo cuando las clases terminaron fue buscar a Dave. No lo vio en la biblioteca, así que se encaminó hacia el laboratorio y asomó la cabeza por la rendija de la puerta. Su mejor amigo, ataviado con una bata blanca que le quedaba demasiado larga y unas gafas de protección sobre la nariz, estaba inclinado sobre una pipeta mientras apuntaba algo en un cuaderno.

Axel tragó saliva. El corazón le latía desbocado.

«Vamos allá», se dijo.

—Dave —saludó, cerrando la puerta a su espalda. El aludido alzó la cabeza y su expresión cambió. Preocupación, irritación, desconfianza, confusión. Axel lo conocía tan bien que, de saber dibujar, podría crear todo un cuaderno de bocetos con sus emociones—. Me gustaría hablar contigo.

Dave se colocó las gafas encima de la cabeza y asintió. Seco. Escueto.

Empezaban bien.

—Vale.

Silencio.

Axel recorrió la distancia que los separaba, arrastró una banqueta y se sentó junto a él. En la mesa todo era un caos. Ya no solo eran esos tubitos transparentes rellenos de líquido misterioso. Eran los miles de apuntes con fórmulas químicas, las enciclopedias, los manuales. Daba igual cuánto tiempo pasara: a Axel seguía pareciéndole fascinante que Dave fuera capaz de comprender ese lenguaje.

Su mejor amigo no era de los que se enfadaban. Axel solo lo había visto furioso una vez, cuando Hill había molestado a Lissa en la excursión de esquí. Dave siempre era de los que mantenían un perfil bajo, pero solía ser el primero en apuntarse a un bombardeo, como cuando lo apoyó con su estúpido plan de encontrarle novia a Ben. Los Lovegrove era de los que siempre estaban ahí, silencioso, dispuesto, cercano; y Axel no podía imaginarse una realidad sin él.

—¿Qué haces? —preguntó, más por romper el hielo que porque estuviese interesado en sus experimentos.

—Hago que el líquido de las pipetas cambie de color. Ya sabes, el agua es incolora, pero si le añades los ingredientes apropiados y los agitas... —Dave movió uno de los frascos y el agua empezó a tornarse de color azul—. Cambia de color, pero si lo dejas en reposo, vuelve a su color original. Es decir, a no tener ninguno. Es sencillo.

Axel le lanzó una mirada de admiración.

—Guau.

Dave hizo una pausa. Dejó el botecito sobre la mesa y el agua se tornó de nuevo transparente.

Axel no sabía cómo iniciar la conversación. Se suponía que era fácil. Dave y él llevaban años siendo amigos, porque Dave también tenía hermanos que eran supernovas brillantes a los que era imposible superar.

Axel fue el primero en consolarlo cuando Dave quedó segundo en ese concurso de química al que sus padres ni siquiera se molestaron en asistir. Dave era quien le dejaba copiarse de sus deberes, aunque siempre dijera que sería la última vez «porque no pienso estar cubriéndote siempre, Axel».

Sí que lo hacía.

—Key y yo salíamos juntos.

Dave volvió a alzar la vista. Abrió la boca en una ligera «o».

—¿Qué?

—No sé cómo empezó, porque yo ni siquiera sabía que me gustaban los chicos, y todavía no me gustan, ni las chicas; pero Key empezó a pasar tiempo en casa. Vino la noche de la cita de Ben y Johanna y se quedó y me enfadé con él y lo eché, pero no me hizo caso y...

Fue como desatar el nudo de una manguera y permitir que el chorro fluyera. Habló y habló. Habló durante un tiempo que se le hizo eterno. Le contó que Key le ganó jugando a videojuegos y que hicieron una estúpida apuesta que lo obligó a acompañarlo a su competición de atletismo. Le habló de la Navidad, de

los besos. Le habló de *Frankenstein*, del motivo por el cual tardó tanto tiempo en regresar al autobús en la excursión («Como comprenderás no podía volver con un bulto del tamaño de una piedra de Stonehenge en los pantalones»). Le contó que durmieron juntos aquella noche, y la siguiente; que Key siguió yendo a su casa; y la vez que sus padres estuvieron a punto de pillarles «con las manos en la masa». La celebración de cumpleaños, las horribles semanas que la siguieron... Todo.

Axel se abrió en canal, como una de las ranas del laboratorio. Se sacó todo de dentro, aguantando las ganas de llorar. Dave lo escuchó en silencio, sin gesticular, sin mostrar nada que le permitiera saber cómo estaba cayendo esta información en la cabeza de su amigo.

—Y hemos roto... Bueno, yo le he dejado. —La voz de Axel se quebró y se maldijo por no ser capaz de mantener la calma—. Ahora sé que quiso a Ben, y no puedo perdonarle que me mintiera.

—¿Por eso no contestabas a mis llamadas?

—Sí.

Hubo un momento de calma gélida que se le clavó en las costillas y, por fin, una reacción. La voz de Dave sonó dolida cuando exclamó:

—¿Me estás diciendo que llevas semanas, ¡meses!, enamorado de Key Parker y no me has dicho nada?

—Es que no sabía... No sabía cómo te lo ibas a tomar y... Key tampoco estaba listo para hacerlo público y...

—¿Qué clase de imagen tienes de mí, Axel? —El tono de Dave subió una escala—. ¿Creías que me lo tomaría mal? ¿Que iría corriendo a contárselo a todo el mundo?

—¡No! Claro que no.

—¿Entonces? ¿Por qué no me lo has contado antes?

—No lo sé, Dave. ¡Porque no podía decírselo a nadie! Ya no solo por Key, sino porque ni siquiera yo entendía qué estaba pasando, en qué momento había empezado a gustarme. Al final la bola se fue haciendo más y más grande y... No lo sé.

Dave se quedó callado durante un momento. Parecía estar peleándose con las palabras.

—¿Y Lissa? —preguntó, finalmente—. ¿Lissa lo sabía?

Axel dejó caer los hombros, derrotado.

—A medias. Se lo he contado esta mañana, pero ya se lo imaginaba. El otro día mi madre nos vio discutir a Key y a mí y se lo dijo a ella y...

No pudo seguir. Su mejor amigo le lanzó una mirada dolida antes de empezar a recoger sus cosas de manera airada. Axel lo observó con frustración. Entendía su enfado, pero, al mismo tiempo, no le parecía justo. Es decir, sí, se lo había ocultado, ¡pero no solo a él! Y aquí estaba, ¿no? Contandoselo cuando había estado listo para hacerlo.

Uf. Axel también se estaba mosqueando. No creía que su amigo estuviera siendo del todo justo con él, pero sabía que no ganaba nada poniéndose a gritar.

—No me puedo creer que tu madre la llamara a ella y no a mí —masculló entonces Dave, y repitió—: No me puedo creer que Lissa no me dijera...

El enfado de Axel estalló.

—Bueno, ¿qué esperabas? —preguntó—. No soy el único que lleva meses actuando raro, ¿no? ¿De verdad creías que todo seguiría igual con ella tal y como la has tratado?

—¿A qué te refieres?

—¿A que lo sé todo, Dave! Sé que Lissa se te declaró, ¿vale? Y sé que la rechazaste. Sé que estás saliendo con esa chica del club de química, pero no creía que Liss te importara tan poco. Pensaba que serías más maduro y que no dejarías que sus sentimientos estropearan nuestra amistad.

Dave se echó hacia atrás como si le hubiera pegado una bofetada, y Axel se arrepintió de sus palabras nada más decirlas.

Por desgracia, ya era demasiado tarde.

Su amigo retiró la mirada y se levantó.

—¿Eso piensas de mí? ¿En serio? ¿Tantos años de amistad y no se te ocurre pensar que...? —Dave no pudo continuar. Balbuceó

algo y luego lo encaró, tan dolido que Axel palideció—. Tengo que parecerte un amigo terrible para que creyeras que haría pública tu relación con Key y que romperle el corazón a Lissa ha sido fácil. ¿Me ves así de insensible? ¿Ni siquiera se te ha ocurrido que puede haber algún motivo para que...? No, claro que no. ¿Para qué vas a escuchar mi versión?

—Dave, no... —Axel se trabó con las palabras—. Por supuesto que no pienso nada de eso. Pero sin saber nada más ¿qué esperas que crea? Si me contaras...

—Supongo que debería habérmelo imaginado —lo interrumpió—. De entre los tres, el que sobra soy yo. Gracias por dejármelo tan claro —dijo, y se marchó de la clase pegando un fuerte portazo.

Axel se quedó atónito, paralizado, aún sentado en su sitio. El corazón le latía con fuerza y su cabeza solo podía repetir la escena una y otra vez, como si fuera una película rayada.



Háblame de Axel.
Ben era la persona más despistada que Key conocía. Así que, que se hubiera dado cuenta de que algo pasaba entre Axel y él dejaba ver lo evidente de la situación.

La azotea del instituto era territorio vedado para todos los alumnos... menos para ellos. Que Ben fuera el presidente del consejo estudiantil tenía sus ventajas, y una de las más valiosas era la de disponer de las llaves de todas las puertas de la institución. Hacía tiempo que ellos no comían en el comedor junto al resto de los estudiantes, sino que directamente lo hacían en la azotea.

A Key, el lugar siempre le había transmitido cierta calma, pero esa vez le parecía diferente. Pese al buen tiempo que les había regalado esa mañana de abril, ahora hacía frío, y Key se encogió un poco sobre sí mismo.

—¿Qué quieres saber? —preguntó.

Ben no lo miró.

Estaban sentados en el suelo, apoyados contra la pared. Las piernas de Key, tan largas, permanecían estiradas. En momentos así, cuando la temperatura cambiaba drásticamente, su rodilla se resentía.

—¿Desde cuándo?

Key torció el gesto. La pregunta era la misma que le había hecho Axel el sábado pasado cuando se había enterado de la verdad, y recordar lo mal que había terminado todo casi le hizo temblar.

—¿Me preguntas desde cuándo salgo con tu hermano o desde cuándo me gusta?

—Me imagino que ambas cosas van de la mano, ¿no?

—No, en realidad no. Axel y yo ya no estamos juntos, pero me sigue gustando. Y me gustaba mucho antes de que empezáramos a salir.

Ben asintió despacio, y por fin lo encaró.

—¿Qué ha pasado?

—Pues que me ha dejado. Y me ha dejado porque... —Key tomó aire. Estaba más nervioso que en toda su vida—. Ben, joder... —Se echó hacia delante y escondió la cabeza entre las manos.

Su mejor amigo se inclinó sobre él, con el ceño fruncido por la preocupación.

—Key, tío, ¿estás bien? No me jodas. ¿Quieres que llame a alguien?

—Estaba enamorado de ti. Estaba enamorado de ti y Axel se enteró y me dejó.

Le sonó la voz baja y hueca, y la lengua se le atoró. Salir del armario con Conrad había sido fácil. Pero esto... No lo estaba siendo en absoluto.

—¿Qué?

Key se incorporó.

—Siempre te he querido, Ben, desde que era un niño. Te quise hasta que empecé a querer a Axel, y ahora me da miedo haberos perdido a los dos.

Ben guardó silencio unos segundos que se le hicieron eternos, y luego le lanzó una mirada plagada de sorpresa.

—¿Qué? —repitió él, pasmado. No le creía, seguro—. ¿Es... Esta es otra broma de las tuyas, Key? Porque no tiene gracia. No la tiene, y...

—¿Crees que habría permitido que algo jodiera mi relación con Axel si no fuera verdad?

Ben se echó hacia atrás, hasta que su espalda chocó de nuevo contra la pared, y lo miró. Lo miró con una intensidad que hizo que Key se sintiera desnudo, que retorciera los dedos de las

manos y deseara que todo hubiera sido diferente; que nunca se le hubiera ocurrido pensar en lo guapo que era su mejor amigo y en lo rápido que le hacía latir el corazón y lo que se encontraba dentro de sus calzoncillos.

—No me jodas —dijo Ben finalmente, y alzó la voz—. ¿Estabas...? ¿De mí? Pero... ¿En serio? Quiero decir... ¡Tío! Estoy... No sé... Pensaba que Axel y tú habíais discutido porque, yo qué sé, sois muy diferentes, pero ¿esto? ¿Estoy flipando y...! ¿De mí?

—Sí, de ti, joder. Ben, di algo que tenga sentido o te juro que me muero ahora mismo.

—Pero ¿cómo te voy a gustar yo, si soy un desastre?

—Me *gustabas* —le recordó.

—¡Lo que sea! ¿Y ahora te gusta Axel!? ¿Qué clase de fetiche extraño tienes tú con los Waters? ¿Quieres que te presente a mi primo o algo? Llevo años sin saber nada de él, pero igual surge la chispa, yo qué sé.

—Dios, tienes razón. Solo me he enamorado dos veces en mi vida, y resulta que sois hermanos.

—¡Es que...! —Ben inhaló con fuerza y negó con la cabeza—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Claro, Ben —ironizó Key—. Habría sido muy sencillo empezar esa conversación, ¿no crees? «Hola, tío. Me gustaría que me tocaras para algo más que para practicar los ejercicios de atletismo. Por cierto, ¿te hace un cine? Van a estrenar la nueva de los Warren».

—¡No tiene gracia! —Ben se puso rojo y le golpeó el brazo, y Key soltó una risita nerviosa para aliviar la tensión—. Vale. No podías, lo entiendo.

Ambos guardaron silencio. En fin, era probable que Ben estuviera alucinando, pero Key estaba algo más tranquilo, porque su mejor amigo seguía ahí sentado a su lado y no le había pegado la patada.

—¿Te gustan los tíos? Quiero decir... —Ben carraspeó—. Sé que las tías te gustan, porque he visto que se te ponía dura con esa chica de segundo que se parece a Zendaya.

—Me gustan las tías. Y me sigue gustando Zendaya. Pero también me gusta Tom Holland.

Esta vez fue el turno de Ben de soltar una carcajada que le hizo reír a él también.

Key creía saber lo que era el miedo. Lo creyó cuando se lesionó y los doctores le dijeron que no podría volver a competir. Lo creyó durante la rehabilitación, que fue más dura de lo que nadie se esperaba porque su rodilla no parecía responder a los ejercicios de los fisios. Lo creyó cuando le dijeron que no solo no volvería a correr, sino que quizás no podría caminar sin una muleta.

Pero nada se comparaba al miedo que había sentido ese fin de semana. Nada se comparaba al terror que le daba perder a Axel, aunque ya no estuviera junto a él, ni al que sentía cada vez que pensaba que Ben, Hill o Conrad podían irse de su lado.

El miedo seguía allí, anclado en algún lugar dentro del pecho. Pero con cada risa era más sencillo dejarlo ir.

—Entonces... Axel, ¿eh? Qué curioso. Nunca pensé que fuera tu tipo. Ya sabes. Es un gruñón y muy terco.

—Es dulce —murmuró Key, con añoranza y un dolor agudo en el costado—. Y sí que es cabezota, pero también es tierno. Y buena persona. Y cuando se enfada frunce el ceño de una forma muy curiosa y me encanta apartarle el flequillo de la frente porque es imposible no perderse en esos ojos.

—Para, tío. —Ben simuló una arcada—. Que es mi hermano.

—Has empezado tú.

—Es que no pensaba que te gustara tanto.

—Es más que eso. Lo quiero.

—¿Cómo? Ya veo que soy una persona fácilmente olvidable para ti.

Key sonrió. Sonrió con socarronería. Sonrió con gula. Sonrió como un sabueso a punto de recibir un hueso. Sonrió como antes. Porque podían estar siendo los peores días de su vida. Podía tener el corazón roto. Podía desear no ser tan idiota, pero

nunca dejaba escapar una oportunidad para picar a su mejor amigo.

Se echó hacia delante, invadiendo el espacio de Ben, y se relamió el labio inferior cuando vio la turbación de su mirada.

—¿Estás celoso?

Ben lo empujó y Key se echó a reír.

—Tío, qué asco. No. Antes muerto que tener algo contigo. Roncas cuando duermes. Y seguro que eres de los babosos que no saben tener las manos quietas.

—Pero... —Key se puso serio y Ben alzó la vista—. Sí que tendrías algo con Nico Rush, ¿verdad?

Su mejor amigo perdió el color del semblante. Abrió los ojos, sorprendido. Key lo reconoció: el mismo pánico que le había atenazado a él hacía un rato en el pasillo, cuando Ben lo había llamado.

Ben empezó a sudar y a tartamudear.

—¿Qué...? ¿Cómo...? No sé qué estás insinuando. No sé qué...

—Fue la noche en la que te emborrachaste, cuando quedamos con mis amigos del polideportivo. Estabas triste porque... bueno, habías discutido con él, bebiste más de la cuenta y te fuiste de la lengua. —Key bajó el tono—. No te he querido preguntar antes porque no sabía si te acordabas y estabas ignorando el tema o si no quieres hablar de ello. Solo... estoy aquí, ¿vale?

Ben se pasó una mano por el pelo. No era tan oscuro como el de Axel, sino más bien castaño, y más corto, siempre peinado en su sitio.

—Creía que no soportabas a Nico.

—No lo hago. Pero es porque... El año pasado él sabía que tú me gustabas y yo sabía que él quería algo contigo, así que no lo aguantaba. Ahora que lo pienso, fue un poco infantil. —Key rio sin ganas e hizo una pausa—. No sabía que, al final, había conseguido conquistarte.

—No estamos juntos —se apresuró a aclarar Ben. A Key le sorprendió la amargura de sus palabras—. Solo éramos follamigos.

Y ni siquiera eso. Empezamos por curiosidad, ya sabes. Cuando Jane me engañó, yo lo pasé fatal, y el director me mandó hacer de tutor de Nico porque, al parecer, es una especie de minigenio y quería subir la media del instituto. Ya sabes cómo es. Es muy inteligente, pero siempre suspende porque falta a clase y no se toma nada en serio, así que pensaron que le vendría bien alguien responsable para... bueno, para encauzarle. A mí me dijeron que si les ayudaba con él me darían créditos. Por eso acepté. Una cosa llevó a la otra y... —Ben enmudeció, con la mirada perdida en el pasado—. Creo que yo siento algo por él, pero él por mí no. Y lo estropeé todo el otro día preguntándole. Nico es... es muy complicado. No termino de pillarlo, tío. Ahora ya no estoy muy seguro de cuál es mi relación con él. Ni siquiera contesta a mis mensajes.

Key casi silbó con sorpresa. Ben, su mejor amigo Ben, ¿heterosexual? No, al parecer no.

—¿A ti también te molan los tíos?

—¡No! —se apresuró a aclarar él, rojo como un tomate. Pero reculó—. O... ¿sí? A ver, Nico desde luego sí que me gusta. Pero solo él. Ay, ¿me he vuelto gay?

—No te vuelves gay, gilipollas. —Key le dio un codazo. Su amigo parecía confuso y mortificado, y Key sintió lástima por él—. Pero igual bi sí que eres.

—Hay que joderse, Key. Que ya no soy hetero —dijo, y alzó las cejas como siempre que resolvía un problema de Matemáticas complicado—. Madre mía.

—Pues bienvenido al club —dijo, y le dio un par de palmaditas en la cabeza.

Estar ahora junto a Ben era como se suponía que tendría que haber sido siempre. Sin nada romántico de por medio, sin sentir celos por aquella gente que le gustaba, escuchándolo, comprendiéndolo sin esperar nada más.

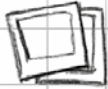
Y era un alivio.



10



años



años



DESPUÉS



1.ª edición: octubre de 2024

© Del texto: Michelle Durán, 2024

Publicado por mediación de Ute Körner Literary Agent.

Todos los derechos reservados.

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2024

C/ Valentín Beato, 21, 28037 Madrid

www.fandombooks.es

Diseño de cubierta: Alantaire y Lola Rodríguez, 2024

Impreso en España - *Printed in Spain*



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

MICHELLE DURÁN



10



FANDOM BOOKS

10 años después

Una década son diez años, 3650 días, 87600 horas y más de 5184000 minutos. Ese era el tiempo que Axel Waters llevaba enamorado de Key Parker. Uno pensaría que, después de tanto, ya se habría acostumbrado a estar con él.

No lo hacía.

Cada día que se levantaba y se daba cuenta de que Key dormía junto a él, el corazón le latía emocionado.

Axel y Key se habían ido a vivir juntos hacía dos años, justo cuando este último entró en el programa de residentes del University College Hospital. Hasta entonces, Key había vivido en Warwick, y Axel seguía en casa de sus padres. Fue Key quien dio el primer paso. Después de años de relación a distancia en los que solo se veían en vacaciones, fines de semana u ocasiones especiales, parecía más impaciente y decidido que nunca.

Y Axel... bueno, él estaba tan enamorado que, de no haberse adelantado, seguramente se lo hubiera pedido él.

La mudanza a Londres fue un desastre desde el primer momento y casi les costó la relación. Encontrar un apartamento asequible en la City fue toda una odisea. Key quería que estuviera cerca del trabajo, y Axel... él, para empezar, tuvo que buscar un nuevo empleo. No le importó renunciar a su puesto de programador en esa condenada empresa especializada en bases de datos; nunca le había gustado demasiado. Pero si sumabas el estrés de buscar piso con el de mudarte con tu novio por primera vez y lanzarte al mercado laboral en una ciudad como Londres, el resultado era una bomba de relojería a puntito de detonar.

Al final, sin que Axel supiera decir cómo, lo consiguieron. Y les iba bien. Tan bien que dentro de unos días celebrarían su décimo aniversario.

¡Décimo!

—Los diez años son los de aluminio —dijo Lissa. Llevaba las gafas empañadas por culpa de la calefacción del centro comercial. Había intentado pasarse a las lentillas, sin éxito—. Deberías comprarle algo tipo, no sé, un florero de aluminio o así.

Axel arrugó la nariz.

—Qué horror.

—Además —añadió Dave—, eso es solo para las bodas. A los diez años de relación no se regala nada en especial.

Boda.

Había llegado el momento de decirlo.

Axel no había quedado con Lissa y Dave para que le ayudaran a escoger el regalo de aniversario ideal. Eso ya lo tenía. Lo había hecho para pedirles consejo sobre otro asunto.

Era una suerte que dos de sus mejores amigos se hubieran mudado a Londres un año antes que él. Lissa y Dave vivían juntos desde antes de que este último terminara la universidad. Ni siquiera lo habían planeado, como Key y Axel. Había sido tan natural como que Lissa pasara de estar en el piso de Dave solo durante los fines de semana a extender la estancia el resto de la semana.

Por su parte, no había habido ninguna discusión. Lissa consiguió una oferta de trabajo como entrenadora personal en Londres y mudarse juntos era el paso lógico, porque Dave estudiaba allí.

—En realidad —Axel carraspeó un poco—, voy a...

Una bandada de adolescentes hormonados lo interrumpió. El grupito pasó junto a ellos a toda prisa, hablando a voz en grito y sin molestarse en pedir perdón por el escándalo. Desaparecieron tan rápido como habían venido, pero se llevaron el valor de Axel por el camino.

Mierda.

Si le resultaba difícil compartirlo con Dave y Lissa... ¿qué haría cuando llegara el momento de la verdad?

Quedaba solo una semana para navidad. Una semana para ese veinticinco de diciembre que le hacía recordar la primera vez que Key y él se habían besado. Una semana para preparar el aniversario perfecto. Una semana para...

—¿Crees que a tu madre le gustará esto? —preguntó Lissa. Sostenía un mantel de encaje y lo miraba con ojo crítico. Llevaba toda la mañana buscando el regalo ideal para su suegra y todavía no se decidía.

—Supongo. —Dave se encogió de hombros—. Con ella es difícil saberlo. Ya sabes lo tiquismiquis que es con los regalos.

—No, no lo es. El problema es que no le gusta nada de lo que le regalo yo.

—Eso no es cierto.

—Amor, ya hemos tenido esta discusión mil veces. Tu familia me odia.

—Charlie te quiere.

—Charlie es un niño. Y no me sirve de nada que tu sobrino me quiera si...

Ahora o nunca.

—Voy a pedirle a Key que se case conmigo.

«Hale, ya está. Ya lo he dicho».

Lissa enmudeció y a punto estuvo de dejar caer el mantel. Por su parte, Dave miró a Axel como si fuera la primera vez que lo veía.

Sus dos mejores amigos tardaron unos laaaargos segundos en reaccionar.

—¿Qué? —Lissa.

—¿Has dicho...? —Dave.

—¿Boda? —Lissa de nuevo.

—¿Tú? ¿Key? ¿Le vas a pedir...? —Dave, anonadado.

Axel se mordió el labio inferior y asintió. Le latía el corazón muy rápido cuando metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó una cajita de terciopelo azul.

La misma tonalidad que los ojos de Key.

Lissa y Dave expulsaron el aire de forma dramática. Su mejor amiga hasta se tapó la boca con las manos, y a Axel no se le pasó por alto el brillo de su mirada.

—¿Me ayudaríais a planear la cita perfecta? —preguntó.

Abrió la cajita y les enseñó el anillo. Era sencillo, de color plateado y sin ninguna floritura. Por dentro tenía grabados sus nombres y la fecha en que empezaron a salir. Veinticinco de diciembre.

Lissa asintió y rompió a llorar de la emoción.

—Joder. Esto es...

—Increíble —terminó Dave por ella. No podía dejar de sonreír.

—Ven aquí, tonto —murmuró su mejor amiga.

Se tiró sobre Axel y se colgó de su cuello. Dave no tardó en imitarla y, en lo que dura un parpadeo, los tres estaban envueltos en el abrazo más cálido del mundo.

Decírselo a sus mejores amigos había sido fácil. Ahora solo quedaba... todo lo demás.

—¡Hola!

La voz de Key le hizo pegar un brinco en el sofá. A su lado, Titán ladró y corrió a la puerta para saludar al recién llegado.

—¿Quién es el perro más bonito del mundo? ¿Eh? ¿Quién es el bebé más bueno? ¡Tú, eres tú!

Axel puso los ojos en blanco y se mordió la cara interna de las mejillas para reprimir una carcajada. Desde que habían adoptado al *golden retriever* meses atrás, Key vivía por y para él. Se había tomado tan en serio su papel de padre perruno que el segundo cuarto del apartamento había pasado de ser un despacho a convertirse solo en la habitación de Titán. Por no hablar del pienso especial que le compraba (el más caro del mercado), la rutina de paseos que no se saltaba jamás (a menos que tuviera algo en el hospital) y las sesiones de peluquería canina cada fin

de semana (Titán olía siempre a canela y lucía el pelaje más brillante de todos los perros del vecindario).

—Hola a ti también —dijo Axel. Se había apoyado en el quicio de la puerta del salón y miraba a Key con una ceja arqueada.

Él dejó de acariciar a Titán y se incorporó. Tenía el rostro cansado después de un turno de doce horas en el hospital, pero seguía tan guapo como siempre.

—¿Celoso?

Axel bufó.

—¿De Titán? No.

—Ya, claro. —Key sonrió con esa socarronería suya tan habitual y se acercó a Axel lentamente. Se detuvo a un par de centímetros de distancia, los suficientes para que pudiera tocarlo si quisiera. Lo provocar no se le había ido con la edad—. Sabes que es un perro, ¿verdad?

—Quítate la gabardina. Está mojada.

—¿Te me estás insinuando?

—No. Es que me estás dejando la casa hecha un asco. Además, eres muy mal enfermo. ¿Recuerdas la gripe del año pasado? Eres traumatólogo. ¿Cómo te pueden dar tanto miedo los médicos? Me niego a que te pongas malo. No, ni de coña.

Key no solo lo ignoró, sino que sacudió la cabeza con fuerza. Gotitas de agua salpicaron por todas partes.

En su ciudad natal llovía, pero lo de Londres era exagerado. Axel jamás se acostumbraría a ese clima tan inestable. ¡La casa le duraba limpia un día, con suerte!

—¡Key! —se quejó. Pero fue inútil. El estúpido de su novio lo abrazó con fuerza y lo empapó y, por mucho que él lo intentó, no consiguió deshacerse de su agarre—. Te odio. Te voy a matar. Eres un cabrón y ahora vas a fregar tú el suelo y...

No pudo continuar. Key soltó una carcajada y lo besó, y Axel se olvidó de todo: el enfado, hablar, respirar. Con él, siempre era igual. Nunca se cansaba de sus labios.

Sin embargo...

—Buen intento —dijo. Axel se alejó y le apuntó con el dedo índice—. Ponte ropa seca y vamos a cenar. Me muero de hambre.

Key hizo el saludo militar.

—Señor, sí, señor.

Axel chascó la lengua, pero, mientras se alejaba rumbo a la cocina para calentar la cena, las mejillas le dolían de tanto sonreír.

A veces, la vida adulta era una auténtica basura. Y no solo por las responsabilidades, por tener que pagar el alquiler o hacer la compra. Eran los horarios. Porque Axel trabajaba como profesor de informática en un instituto de formación profesional durante las mañanas y Key solía llegar a casa cuando ya era de noche.

Cuando se mudaron juntos, Axel había creído que, ahora que vivían bajo el mismo techo, podrían verse y hablar siempre que quisieran. Pero se equivocaba. Y, aunque el choque de realidad fue duro, no les quedó más remedio que adaptarse.

Y lo consiguieron. Siempre que podían cenaban juntos, fuera la hora que fuese, y se reservaban un día a la semana para ellos dos. Daba igual lo que hicieran. Podían ver una película, hacer una excursión o simplemente quedarse acurrucados en la cama. Cuando Key tenía una operación importante, Axel solía repartir por toda la casa pósts con mensajes de ánimo y, cuando Key tenía la suerte de terminar el turno antes de tiempo, esperaba a Axel en la puerta del instituto e iban juntos a casa.

Se querían. Habían encontrado el equilibrio, y Axel tenía más que claro que deseaba pasar el resto de su vida junto a Key.

Solo tenía que encontrar el momento y el lugar perfecto para pedírselo.

—... horrible —se quejaba Key. Tenía apoyada la cabeza en el regazo de Axel mientras este jugaba con su pelo. Los platos de la cena, ahora vacíos, permanecían sobre la mesa. A los pies del sofá, Titán roncaba ligeramente. El salón solo estaba iluminado

por una pequeña lámpara de mesa. Si Axel pudiera parar el tiempo y vivir en ese momento para siempre, lo haría sin dudar—. Si me dieran una libra por cada paciente que me ha potado encima no tendría mucho, pero sí más que la mayoría de la gente. ¡Y ni siquiera estoy en cirugía general! Joder, Axel, soy traumatólogo. No deberían vomitarme encima.

A Axel le gustaba escuchar a Key. La mayoría de las veces, ni siquiera tenía que contestar. Al rubio le servía con desahogarse, y viceversa.

—Venga, ya queda poco para las vacaciones —le animó.

Key se incorporó y le lanzó una larga mirada.

—Nuestro aniversario —susurró—. Diez años.

—Ese día nadie te potará encima.

Key soltó una carcajada.

—¿Me lo puedes prometer?

Axel fingió pensárselo unos segundos.

—Mmm...

—Serás... —Key se lanzó sobre él y empezó a hacerle cosquillas.

—¡Eh, para! —se quejó Axel, y, aunque intentó escapar, fue inútil.

Forcejearon un poco hasta quedar tirados sobre el sofá. Y las cosquillas dieron paso a las caricias, las risas a los besos, y las palabras se convirtieron en promesas.

Ben vivía en Cambridge. Era bibliotecario, tenía cuatro gatos y su novia acababa de cortar con él.

—Teníamos tantos planes... —lloraba Ben al otro lado de la línea—. ¡Íbamos a ir a casa en Navidad! ¿Qué les voy a decir a papá y mamá? Ya les había hablado de ella, y mamá parecía tan emocionada... ¡Creía que sería la definitiva!

Axel puso los ojos en blanco. Tenía una hora libre y quería aprovecharla para corregir exámenes, pero su hermano se lo estaba poniendo difícil.

—Llevabais tres meses juntos.

—¡Suficientes! Cuando conoces al amor de tu vida, lo sabes.

—Ya...

El problema era que Ben siempre decía lo mismo de sus parejas, y estas le solían durar más bien poco. A lo largo de ese año había salido con dos chicas y un chico, y los tres le habían salido rana.

Su hermano era un romántico empedernido que se enamoraba con facilidad. Aunque el motivo por el que ninguna de sus relaciones cuajaba tenía nombre y apellido.

Ben siguió hablando sobre su ex durante unos largos y agónicos minutos más, hasta que se hubo desahogado lo suficiente. Entonces, dejó de llorar y preguntó:

—¿Irás a partir del veintiséis?

—¿Eh?

—A casa. Mamá no para de darme la tabarra con la cena de navidad y me ha pedido que te lo pregunte. Me imagino que irás a pasar el año nuevo, ¿no? ¿Tienes algo planeado? Diez años no se cumplen todos los días.

Axel torció el gesto y se recostó en la silla. Bien, vale. ¿Cómo decirle que no tenía pensado ir a casa porque iba a pedirle matrimonio a Key? ¡No podía! Quería mucho a Ben, pero era un bo cazas, además del mejor amigo de su novio. Ben y Key se pasaban horas pegados al móvil. ¡Hacían FaceTime al menos cinco veces a la semana!

Así que no, ni de coña. Si Axel le decía a Ben lo que planeaba, estaba seguro de que su hermano se iría de la lengua.

—Tengo que colgar —anunció—. ¿Hablamos luego?

—¡Pero Axel...! —se quejó Ben—. ¡Tengo que decirle algo a mamá o...!

Axel colgó y apagó el móvil para que su hermano no pudiera freírlo a llamadas (había aprendido la lección por las malas). Mierda. Le hubiera encantado contar con su ayuda. Si había alguien que conocía bien a Key, aparte de él, ese era su hermano. También le hubiera gustado llamar a Conrad o a

Hill, pero... Hill era tan malo como Ben guardando secretos, y Conrad, su posible único aliado en líneas enemigas, estaba opositando para ser juez y apenas tenía un segundo libre al día.

No. El grupito Tralará (como Lissa solía llamar a Key y sus amigos) quedaba descartado.

Axel se olvidó de los exámenes y abrió el portátil. Durante los últimos dos días y con ayuda de Dave y Lissa, había creado un excel para todo lo relacionado con La Pedida de Mano Perfecta. Lo consultaba a menudo, un poco para asegurarse de que estaba todo bien hilado y otro poco por ansiedad.

El plan era el siguiente: engañaría a Key y fingiría que no tenía nada organizado para su aniversario. Quería que se confiara. Le diría algo del tipo: «¡Solo son diez años, no es para tanto!» y lo llevaría a comer al lugar más cutre de todo Londres. Pasearían un poco a orillas del Támesis y, cuando se acercara la noche y Key ya no pudiera más con la decepción, Axel recibiría una llamada de Dave. Su amigo le pediría ayuda, se inventaría algo grave. Él se mostraría tan inquieto y preocupado que Key lo acompañaría, y... Axel lo llevaría a una sala que había reservado para la ocasión.

El puñetero hotel de cinco estrellas se había comido casi todos sus ahorros, pero merecería la pena, pues era uno de los lugares en los que solían quedarse los jugadores del Liverpool cuando jugaban en Londres. Estaba segurísimo de que Key apreciaría el detalle, pues era su equipo favorito. A esa hora, Lissa y Dave ya habrían transformado el lugar en un viaje por toda su relación. Fotografías, velas, flores, recuerdos... En el centro, una mesa con el menú de la noche: unas hamburguesas (la primera cena que compartieron) y, de postre, tortitas con chocolate (lo que comieron en su primera cita no oficial). Música de fondo. La banda sonora del *Frankenstein* de 1931 (¡su primerísima cita de verdad!). Key se quedaría boquiabierto, parpadearía anonadado y ese sería el momento en que Axel se arrodillaría y...

El timbre sonó y Axel maldijo. Al final no había corregido ni un puñetero examen.

Quedaban cinco días para el veinticinco de diciembre.

—No sé por qué te complicas tanto. Estoy seguro de que a ese rubio idiota le haría la misma ilusión que le pidieras matrimonio en un sótano mugriento que en ese condenado hotel de cinco estrellas.

Axel bufó.

Nico Rush: el colmo del romanticismo.

—Recuérdame por qué te pido consejo.

—Porque necesitas que alguien relativice y te ponga los pies en la tierra.

Cierto.

De todas las personas de la vida de Axel, Nico era, sin duda, la más complicada. Todavía le sorprendía que fueran tan amigos, y más teniendo en cuenta lo diferentes que eran sus personalidades.

Era cierto que quedaba poco del Nico adolescente. Después de años y años de terapia, ahora era más confiado y ya no le perseguían los fantasmas del pasado. Sin embargo, seguía siendo un prepotente y algo cínico, y sacaba de quicio a Axel más a menudo de lo que le gustaría.

—El tráfico en Londres es una pesadilla —anunció Lissa de manera lúgubre. Su mejor amiga acababa de entrar en el restaurante y llevaba las gafas empañadas otra vez. Respiraba de forma agitada. Se quitó la bufanda y se dejó caer en el banco junto a Axel—. ¿Habéis pedido ya?

—Te estábamos esperando —dijo Axel. Su amiga asintió, se desabrochó el abrigo y se inclinó sobre la carta—. ¿Todo bien?

—¿Te refieres al reservado? Sí, todo organizado. Dave se ha quedado dando los últimos retoques. Solo falta que Nico nos pase las fotografías.

—Las tengo casi a punto —dijo él—. Estarán para esta tarde.

Axel suspiró aliviado.

Menos mal.

Solo faltaban dos días para el veinticinco y los nervios estaban a flor de piel. Apenas dormía, y cada vez le estaba costando más ocultarle el plan a Key. Su novio ya se había percatado de que ocurría algo raro y, aunque no insistía, Axel sabía que era cuestión de tiempo.

Menos mal que tenía a sus amigos. No sabía qué hacer sin ellos.

La comida trascurrió entre gritos y bromas. Lissa no paró de quejarse de su suegra en toda la velada, y Nico le recomendó varias formas sutiles de vengarse de ella. Axel lo conocía, pero no dejaba de sorprenderle lo maquiavélica que podía ser su cabecita. Siempre había pensado que, de haberla usado para el mal, estarían ante un genio criminal. Por suerte, Nico había seguido otros derroteros.

Al graduarse del instituto (un poco más tarde de lo que le tocaba, pues había repetido curso), se tomó un año sabático y aprovechó para conocer mundo. De su experiencia sacó algo más que un par de anécdotas; le sirvió para encontrar su vocación: la fotografía. Desde entonces, viajaba mucho y no tenía un hogar fijo. Llevaba unos meses asentado en Londres, aunque todos sabían que era algo temporal.

Sin estudios y sin ahorros, Nico se las apañaba para sobrevivir a base de empleos precarios y pisos compartidos en los peores barrios de cada ciudad. Ahora trabajaba como dependiente en la tienda de LEGO del Swiss Court, pero a él no parecía importarle en absoluto, porque le permitía dedicar las tardes a aquello que le apasionaba. Tenía una cuenta en Instagram con miles de seguidores y, a veces, algunos medios de comunicación compraban sus fotografías o le pedían que hiciera algún trabajillo. Axel no entendía cómo podía vivir de esa forma tan aleatoria e inestable, pero Nico parecía más feliz que

nunca. Era libre, como solía repetir, y tenía un sueño, gente a la que quería y que lo quería a él y un techo bajo el que vivir. Y eso era más que suficiente.

A él le había encargado las instantáneas y los *collages* que servirían como adorno en La Pedida de Mano Perfecta.

Iba a salir bien. Joder, iba a salir todo genial.

—Oye... —Nico bajó el tono. Axel lo conocía demasiado bien como para saber que estaba fingiendo un desinterés que no sentía en realidad—. ¿Cómo está Ben? He visto que ha borrado las fotos que tenía en Instagram con... ¿cómo se llamaba?, ¿Mindy?, y he pensado que, tal vez... En fin, ya sabéis que él jamás me habla de estas cosas.

Axel apoyó la barbilla en una de sus manos y arqueó las cejas.

—¿Cuándo vas a dejar de lado ese orgullo que tienes? Sabes que Ben sigue enamorado de ti, ¿verdad? Por eso no funciona ninguna de sus relaciones.

—Nunca entenderé tu actitud —lo apoyó Lissa—. Tú también lo quieres, ¿no? Pues ya está. Es una tontería que sigáis siendo «solo» amigos. No te entiendo.

Nico chascó la lengua.

—Sois muy pesados con el tema. Lo nuestro fue hace años. Lo intentamos dos veces, no funcionó, y estamos mejor como amigos. Dejad de darme la tabarra con el tem...

—¡Pero si lo vuestro es evidente! —estalló Axel—. Además, que saliera mal en el instituto no quiere decir que ahora vayáis a fracasar. Sois adultos. Ambos habéis cambiado mucho.

—Y déjame añadir algo —continuó Lissa—: os traéis un rollo raro.

—¿Qué narices...?

—¡Sí! A ver, tú y yo también somos amigos, ¿no? Es más: me considero más amiga tuya que Ben. No me lo niegues, que sé que me quieres como a una hermana. Pues bien: nunca, jamás, me has mirado como lo miras a él. Y no es porque seas gay y yo una tía, que te conozco. Es porque él es... ¿como tu ancla? No

sé. Además, tú y yo nunca nos hemos ido de vacaciones a París a solas.

—Era un viaje de negocios —masculló Nico—. Tenía una sesión de fotos y la revista me dejaba llevar acompañante. ¿Qué hay de raro en eso?

—Ya, claro. —Axel entrecerró los ojos—. Y lo más lógico del mundo era llevarte a Ben, ¿no?

Nico se encogió de hombros.

—Quería ir a la Biblioteca Nacional de Francia y justo estaba libre ese fin de semana.

—¿En serio me estás diciendo que no pasó nada en ese viaje? —insistió Axel.

—Claro que no. Ben estaba saliendo con ese otro chico, ¿Gael? Y ya os lo he dicho mil veces: solo somos amigos.

Joder, qué cabezota era. Axel había tenido que ir a dar con la horma de su zapato.

—Te sabes el nombre de todos sus ex.

—Soy observador y tengo buena memoria.

—Justo después del viaje Ben rompió con Gael.

—Y yo empecé a salir con Romain. ¿Qué quieres decir con eso?

—Tampoco es que duraseis mucho...

—Porque nuestros horarios eran incompatibles.

—Incluso aunque viváis en distintas ciudades, soléis hablar todos los días. Además, vas muy a menudo a Cambridge.

—¿Y? Voy muy a menudo a todas partes, no solo a Cambridge. También hablo con Hill y Conrad. De hecho, el viernes pasado estuve en Bradford y comí con Hill y Eliza y eso no lo ves raro. Por cierto, Eliza está enorme. Me siento un viejo cada vez que la veo. Es increíble que vaya a cumplir ya tres años...

Axel resopló. No iba a permitir que Nico cambiara de tema.

—Es curioso que mi hermano y tú os llevéis tan bien y que habléis mucho y de todo, pero jamás de vuestras relaciones actuales o de vuestros ex.

—Porque sería incómodo. ¿Tú hablas de los ex de Key? ¿Te gustaría escuchar cómo se tiraba a equis persona?

—¡No tiene nada que ver!

Lissa, que había ido alternando la mirada entre Axel y Nico, alzó los brazos al cielo y se echó hacia atrás en el asiento.

—¡Dios! Menuda conversación de besugos. Déjalo, Axel. Nico es insoportable y no va a dar su brazo a torcer.

Nico sonrió.

—Gracias. Me lo dicen mucho. Y lo daría, si tuvierais razón, pero no es el caso.

Lissa alzó una ceja y Axel le hizo una peineta.

No se lo creía ni él.

Maldita sea. Odiaba dejar así la conversación, pero tenía varias citas relacionadas con La Pedida de Mano Perfecta y no podía dejarlas pasar. Así que se levantó, no sin antes lanzarle a Nico una mirada hastiada.

—Te estás equivocando, pero bueno, allá tú. He quedado con el florista para dar el visto bueno a los arreglos florales. Ya hablaremos.

Nico le hizo un poco de burla, pero Axel lo ignoró. Se despidió de ellos con abrazos y besos, pagó su parte de la cuenta y salió del restaurante.

Por mucho que lo negaran (Nico no era el único) algo le decía que, en el fondo, era cuestión de tiempo que dejaran atrás los miedos y los «quizás».

Nico y Ben eran inevitables.

El veinticinco de diciembre amaneció nublado.

A Axel lo despertó el olor del desayuno. Se había puesto el despertador a las seis de la mañana para ser el primero en levantarse y sorprender a Key. Su novio dormía como un lirón, tan profundo que no había ruido que lo despertara. Por eso, cuando abrió los ojos y lo vio en el umbral de la puerta cargado con una bandeja, se le cayó el alma a los pies.

Empezaba mal la cosa.

—Buenos días —saludó Key. Se sentó en la cama junto a él y dejó la bandeja sobre el colchón.

—¿A qué hora te has levantado?

—A las cinco y media —anunció. Y luego le lanzó una mirada culpable—. Te vi poner el despertador a las seis y quería sorprenderte yo primero. Te hubieras enterado si no durmieras con taponos, pero, claro, como dices que ronco...

—Eso es trampa.

Key se encogió de hombros y sonrió. Y, aunque Axel estaba algo molesto, tenía que admitir que su novio se había esforzado. No sabía cocinar; daba igual cuánto lo intentara: era un desastre que quemaba hasta el agua. Pero en la bandeja había tostadas francesas, zumo recién exprimido y una gran variedad de frutas y bollitos humeantes. El estómago de Axel rugió de anticipación.

Bueno, vale. Key había ganado el primer asalto. Pero la victoria final sería suya.

Axel cogió un cruasán y lo olisqueó.

—¿Estás seguro de que esto es comestible? —preguntó.

—¡Oye! —fingió indignarse Key—. Dámelo. Si tú no lo quieres, me lo como yo.

—Ni hablar. Es mío. —Axel negó con la cabeza y, cuando Key se acercó a él con aire amenazante, se metió el bollo casi entero en la boca. Mala idea. Ardía, así que le achicharró el paladar. De no ser porque Key había preparado también un par de vasos de zumo, se habría ahogado—. Joder.

Key lo miraba con preocupación. Se había acercado a él y le había dado unos golpecitos en la espalda que se habían convertido en caricias.

—Eso te pasa por avaricioso.

Axel le sacó el dedo corazón.

—¿Eso es todo? ¿Qué tal un poquito de preocupación por tu parte?

Key volvía a sonreír cuando se inclinó sobre el oído de Axel y susurró:

—¿Estás bien, cariño?

Axel observó a Key. Apenas había cambiado en aquellos años. Mismos ojos azules, mismo pelo rubio, solo que con alguna cana. Su estilo se había refinado; ya no vestía con esas chaquetas deportivas y sudaderas tan a la moda, pero aún conservaba ese aire despreocupado. El cambio más notable era que ahora tenía que llevar gafas (en casa, al menos, porque decía que le quedaban mal y su vanidad hacía que en público llevara lentillas) y que había temporadas en las que le daba por dejarse barba. Como ahora.

Axel jamás lo admitiría, pero le encantaba que lo hiciera.

Joder, qué guapo era.

Axel apartó bandeja; la posó sobre la mesilla y, sin que Key lo viera venir, le dio un ligero empujón y se colocó a horcajadas sobre él.

Le besó el cuello y fue subiendo hasta mordisquearle el lóbulo de la oreja.

—Feliz aniversario, cariño.

Key sonrió. Coló las manos por debajo de la camiseta de Axel y este sintió un escalofrío.

—Diez años. Si te viera ahora el Axel de dieciséis...

—Seguramente se hubiera muerto del disgusto. No estaba dispuesto a aguantarte ni diez segundos, imagínate una década.

Las manos de Key se entretuvieron en su abdomen.

—¿Y cómo lo lleva el Axel actual?

Él fingió pensarlo unos segundos.

—Un poco mejor que el adolescente, pero tampoco mucho.

Cuando Axel se inclinó para besarle, Key aún escondía la sombra de una carcajada en la comisura de los labios.

Definitivamente, el desayuno podía esperar.

Axel había bajado la guardia durante la mañana, pero ahora estaba más que concentrado en el plan. A partir entonces tenía que fingir desinterés. Se acabaron los polvos mañaneros y remolonear en la cama.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —preguntó Key. Acababa de salir de la ducha y se estaba vistiendo frente al espejo del armario.

A veces, Axel sospechaba que lo hacía a propósito.

No. Estaba seguro.

«Calma, Axel. No le mires el culo».

—Mmm... —murmuró. Al contrario que Key, él tardaba menos de cinco minutos en arreglarse y hacía rato que lo estaba esperando—. No sé. ¿Alguna idea? ¿Qué? ¿Por qué me miras así?

—Ya, claro. —Key arqueaba una ceja—. ¿En serio no tienes nada planeado?

—No. Solo el desayuno, y me lo has fastidiado. ¿Tan raro te resulta?

—No es que me resulte raro, es que no te creo. Tienes un calendario para la colada y tenemos la nevera organizada por colores.

—Son quehaceres domésticos. Es importante llevar un orden —añadió. Supo que no lo había convencido porque Key no le quitaba ojo de encima a través del espejo. Peligro, peligro—. ¿Y tú? ¿Tienes algo pensado?

—Puede.

Mierda. Joder. Sí, vale. Tranquilo.

Key era un romántico empedernido que disfrutaba sorprendiéndolo con detalles y regalos. Axel lo había previsto. Si su novio ya solía tirar la casa por la ventana un día cualquiera, estaba seguro de que le había reservado algo grande para una fecha tan importante como esa. ¿Qué sería? ¿Flores? ¿Fuegos artificiales? Fuera lo que fuese, solo tenía que asegurarse de que los planes de Key no pisaran los suyos.

Axel se levantó de la cama con una palmada que asustó a Titán.

—Bien. Pues date prisa, que se nos hace tarde. Voy a pasear a Titán antes de salir.

Como si supiera que estaban hablando de él, el *golden retriever* alzó la cabeza y empezó a jadear con la lengua fuera.

—Vale.

Esperó a ver si Key añadía algo más, pero estaba concentrado poniéndose los calcetines, así que Axel salió de la habitación en completo silencio.

Mientras esperaba a que el perro hiciera sus necesidades, mandó varios mensajes al grupo que tenía con sus amigos.

Trama algo.

Algo romántico.

¿Se habrá olido nuestro plan?

Nico

No es tan listo.

Es médico.

Nico

¿Y? En Anatomía de Grey también y son estúpidos.

Dave

Aún no me puedo creer que Lissa te enganchara a Anatomía de Grey.

Lissa

¡Es que es muy buena!
No me cansaré de decirlo.

¡No os distraigáis!

Vale, da igual lo que quiera hacer Key.

Nuestro plan sigue adelante.

Cuando Axel subió de nuevo al apartamento, Key ya estaba listo.

—¿Preparado? —le preguntó. Sonreía de manera brillante, como si la conversación de antes no hubiera tenido lugar, y a él solo le dio tiempo a asentir antes de que su novio cruzara el umbral de la puerta.

Axel tardó unos segundos en seguirlo. Primero tomó una gran bocanada de aire, se mordió el labio inferior y palpó el bolsillo del abrigo. La cajita con el anillo estaba ahí. Le resultaba increíble que algo tan pequeño pudiera pesar tanto.

«No pierdas la calma, Axel. El día aún puede mejorar».

O empeorar, en su caso.

La mañana salió a pedir de boca. Se anotó su primer minipunto cuando Key le ofreció comprar un gofre en un puesto callejero y él se negó. Sintió una pena terrible al ver su carita decepcionada, pero se recordó que todo era por una buena causa y lo obligó a seguir con el paseo. Tenía más que claras las instrucciones: decir que no a todo y llevar al amor de su vida a los peores lugares de la ciudad. ¡Tenía hasta un mapa!

No sería fácil: era navidad, y Londres había sacado la artillería pesada. Las calles estaban preciosas y sería muy complicado evitar contagiarse del romanticismo de la fecha. Pero lo conseguiría, joder que sí.

Por eso, cuando Key propuso hacer un alto en el camino para tomar algo, accedió. Pero no permitió que le llevara a cualquier cafetería, no. Axel lo arrastró a un tugurio que ni siquiera cumplía con la normativa de sanidad. Tuvo que ceder un poco cuando su novio le pidió un chocolate caliente, pero como sabía a rayos, no le importó demasiado.

La decisión de la comida estuvo reñida, pero, al final, Axel también ganó el asalto. No solo no quiso ir a ningún restaurante, sino que se emperrió en comprar unos sándwiches cutres en el supermercado. Su intención era picotear mientras seguían con el paseo, pero Key se plantó y lo llevó a hacer un pícnic improvisado en Hyde Park. Axel se habría molestado de no haber estado bajo cero. Se les congelaron hasta las pelotas. El césped estaba húmedo, y eran muy pocos los valientes que se atrevían a permanecer a la intemperie.

Por primera vez en toda su vida, agradeció la inestabilidad del clima londinense. No habían ni terminado de comer cuando empezó a llover, así que no les quedó más remedio que correr y refugiarse bajo el toldo de una tienda.

Axel ya estaba paladeando el sabor de la victoria cuando Key le dio la vuelta al marcador.

Apenas había dejado de llover cuando le tomó de la mano y tiró de él. Al ser veinticinco de diciembre, las tiendas estaban cerradas, pero se las apañó para encontrar el típico mercadillo navideño. Había mucha gente, pero no pareció importarle lo más mínimo. Bebieron sidra y vino caliente, Key compró unos gorritos de navidad e hizo todas las fotos que quiso y más. Axel intentó escabullirse, reconducir la situación, sin éxito. Después del chasco del pícnic, era como si el rubio se hubiera tomado como un desafío personal que el resto del día fuera mágico.

Paseo bajo las luces que adornaban la ciudad.

Besos y abrazos que casi hicieron que Axel se olvidara por completo de su plan.

Mierda. Mierda. Mierda.

Por suerte, como aparentemente era un plan romántico, Key accedió cuando Axel le propuso pasear por el Támesis. ¡Por fin volvía a tener el control!

—¿Sabes? —preguntó Key. Caminaban de la mano. A esas horas del día, el cielo ya era de color naranja y no tardaría en fundirse en negro. A su alrededor había varias parejitas y familias que habían tenido la misma idea que ellos, pero, como siempre, a Axel le daba la sensación de eran las últimas personas sobre la

faz de la tierra—. Ahora que somos padres perrunos no puedo quitarme de la cabeza lo mucho que se hubiera divertido Titán en los puestecitos de navidad.

—¿Verdad que sí? —preguntó Axel. Él también lo había pensado—. Ese vendedor de manzanas de caramelo no habría tenido ninguna posibilidad.

—Joder, ¿recuerdas la vez que se comió uno de mis manuales de medicina? No quiero que la veterinaria nos vuelva a echar la bronca. Creo que nos odia.

—Bueno, ¿y qué culpa tuvimos nosotros? Titán es enorme. ¡Cualquiera le para!

—La gente que dice que los *golden retriever* son tranquilos es porque no lo han visto.

—Qué me vas a contar... Yo tengo que aguantar a dos.

—¿Dos?

Axel sonrió y se pegó más a él hasta chocar los hombros.

—Titán y tú. Tienes la personalidad de un *golden retriever*.

—¡Venga ya! —Key negó con la cabeza, pero estaba sonriendo cuando añadió—: ¿De dónde sacas esa tontería?

—¿No has visto los memes en Internet? Eres el típico chico... ¿Cómo se llama? *Sunshine*.

—¿Te refieres al *tiktok* que me mandó Lissa? Entonces tú eres el gato negro. El... ¿*grumpy*?

Axel fingió un escalofrío.

—Joder, somos demasiado mayores para estas mierdas.

Esta vez fue Key quien le dio un ligero empujón.

—Habla por ti, cariño. Yo estoy mejor que nunca.

—Ya... ¿Quieres que te recuerde el dramón de la primera cana? Porque casi tuve que pillar un tren de urgencia a Warwick para consolarte.

—Eso no cuenta. Además, creo que al final lo llevé muy bien.

—Si a emborracharte y llorar durante toda una noche porque según tú «es que ahora me voy a parecer a mi padre» lo llamas llevarlo bien...

Key arrugó la nariz y Axel soltó una carcajada. Hasta que se acordó del plan y enmudeció. ¿Por qué le resultaba tan fácil distraerse con Key? Malditos fueran el rubio y su encanto.

—¿Estás mejor? —preguntó su novio, y Axel parpadeó, sorprendido.

—¿Qué?

—Llevas actuando raro todo el día. Estaba empezando a sospechar que no querías celebrar el aniversario conmigo —bromeó, aunque había cierta nota de ansiedad en su voz—. ¿Te pasa algo?

Oh, no.

—¡No! Es que... eh, estaba nervioso.

Key arqueó una ceja.

—¿En serio? ¿Después de tanto tiempo?

—Joder, pues claro. —Axel asintió, con seriedad. Aunque lo había dicho un poco como excusa, lo cierto era que una parte de él todavía temblaba cada vez que su novio lo miraba—. Uno nunca se acostumbra a salir con Key Parker.

El rubio se detuvo, obligándolo a parar a él también. Le brillaban los ojos con una intensidad que le hizo sentir desnudo y que aceleró los latidos de su corazón.

Debería ser ilegal mirar así en público.

—Volvamos a casa.

—¿Qué? Pero si todavía no hemos cenado...

—Me da igual. Quiero volver a casa. Ya.

Por muy tentadora que sonara la idea, no había nada que le viniera peor. Axel se devanó los sesos. Estaba intentando encontrar la forma de apagar un poco el fuego que ardía entre los dos cuando el móvil empezó a sonarle en el interior del bolsillo del abrigo.

«Salvado por la campana. Bendito seas, Dave».

Axel alzó un dedo y le enseñó la pantalla a Key.

—Tengo que cogerlo. ¿Te importa?

Su novio negó con la cabeza y él descolgó.

—El nido está listo —dijo su amigo al otro lado de la línea—. Repito: el nido está listo.

—¿De verdad? —preguntó Axel. Fingió una mueca de preocupación—. ¿Estáis bien?

—Esto es graciosísimo. Daría lo que fuera por verte la cara ahora mismo.

Ah, qué bonito. Axel se alegraba de que Dave hubiera dejado atrás a ese chaval inseguro que solía ser en el instituto y que ahora fuera más alegre y divertido y todo eso, pero ¿tenía que burlarse de él precisamente en ese instante? Maldito cabrón.

Key había dejado a un lado la intensidad y ahora parecía inquieto. Axel le vio silabear «¿Qué pasa?», a lo que él le respondió con un gesto de la mano.

—Sí, no te preocupes, Dave. Voy para allá. No, no, de verdad, no estábamos haciendo nada importante.

Mierda. Key frunció ligeramente el ceño, pero lo disimuló muy bien y recompuso la expresión tan rápido que, de no conocerlo como lo hacía, Axel no se habría dado cuenta.

De nuevo, tuvo que recordarse que le estaba rompiendo el corazón por una buena causa. De no ser porque sabía que merecería la pena, se habría lanzado sobre su novio para darle besitos y asegurarle que siempre sería su prioridad.

—¿Qué pasa? —repitió Key cuando Axel colgó.

—Lissa y Dave han tenido un accidente con el coche.

—¿¡Qué!? ¿Están bien?

—Sí, sí —se apresuró a aclarar. ¿Se habría pasado con el drama?—. Han pinchado a un par de calles de aquí y me han preguntado si puedo ir a buscarlos. No sabían a quién llamar y... Mierda, ¿te molesta? Siento tanto que nuestra cita tenga que acabar tan rápido, pero... Tenemos que ir a buscarlos. Me han dado la dirección y...

Key arqueó una ceja.

—¿Nosotros? ¿No sería mejor que pidieran un taxi?

Un momento.

Así no era como tenían que salir las cosas.

—Eh... ¿no?

—Para empezar, ¿han llamado a una grúa? —preguntó, y Axel, que no tenía ni carné ni la más mínima idea de coches, asintió—. Me imagino que la mandará el seguro y, siendo navidad, tardará. ¿No es mejor que nosotros vayamos a casa y que ellos pidan un taxi? Porque hasta que no llegue la grúa no van a poder irse. No querrán dejar el coche tirado, ¿no?

No. No. No.

—A ver, no, tienes razón, pero...

—Es ridículo que nos quedemos los cuatro esperando. Mejor vamos a casa y que ellos se vuelvan en taxi. Mira, si quieres se lo pido yo.

—Pero...

No pudo terminar la frase. Key le soltó la mano y se alejó de él un par de pasos, dejándolo con cara de idiota y un acceso de pánico en el pecho.

Aquello no formaba parte del plan. ¿Se suponía que Key tenía que acompañarlo a la dirección del «accidente», que en realidad era la del hotel! ¿Por qué no quería acompañarlo? ¿Se habría enfadado?

A ver, sí que era verdad que pedir un taxi era la mejor opción. Sería idiota... ¿cómo no había caído? ¿La idea de Key era de una lógica irrefutable!

—¡Key, espera! —lo interrumpió, antes de que él abriera la aplicación de taxis—. Que me acabo de acordar de que... Dave me ha dicho que se han dejado la cartera.

Key frunció el ceño.

—¿Los dos?

—Sí. Son, eh, despistados y eso...

—Bueno, no pasa nada. Se lo pago yo.

Que no. Que no, joder.

¿Cómo podía explicarle que era de vital importancia que lo acompañara sin echar por tierra la sorpresa?

—¿Por qué quieres irte a casa tan pronto?

Key enmudeció unos segundos y le lanzó una mirada confundida.

—¿A qué te refieres?

«Y yo qué sé, Key, joder. Estoy improvisando».

—A lo que has dicho antes y a que ahora es lo primero que se te ha pasado por la cabeza. No «venir», no. Volver. ¿Es que no quieres pasar tiempo conmigo?

—¿Qué tontería es esa? Estoy intentando ayudar.

—Ya lo sé.

—¿Entonces?

Axel se mordió el labio inferior. Sentía la cajita palpitar en el interior del bolsillo, como si fuera una bomba a punto de detonar.

—Solo digo que es raro que tengas tanta prisa en volver a casa.

—¿Qué?

La cosa se estaba saliendo de madre. ¡Nada tenía sentido!

Axel apretó los puños. ¿Qué podía hacer? Si le decía la verdad ahora, todo lo que había estado organizando en los últimos días habría sido para nada. Pero, si no, era probable que ni siquiera tuviera la oportunidad de concluir su plan. La indecisión le paralizó, y se quedó mirando a Key durante unos largos segundos.

—¿Sabes qué? —dijo su novio, seco—. No sé qué narices te pasa hoy. Eres tú el que lleva actuando raro todo el día. Si no querías celebrar nuestro aniversario, habérmelo dicho. Podríamos haber vuelto a casa y haber cenado con tus padres o los míos.

—Que no es eso. Es que...

Pero era evidente que Key estaba enfadado, porque negó con la cabeza.

—¿Quieres que vaya a por el coche para ir a por Dave y Lissa? Vale. Haré lo que tú quieras, Axel.

—¡No lo digas como si te supusiera un gran esfuerzo!

Key suspiró y se mordió el labio inferior. Por desgracia, Axel no contaba con este contratiempo y no se le ocurría cómo salir de aquel lío, así que guardó silencio.

—¿Vienes a casa o no? —preguntó su novio.

—No —dijo Axel. Quiso pedirle una vez más que lo acompañara a buscar a sus amigos, pero no tuvo tiempo.

—Muy bien —sentenció Key—. Ya hablaremos de esto en casa. Cuando quieras volver, claro.

Ni siquiera tuvo ocasión de replicar. Key se dio media vuelta y se alejó furibundo, dejándolos solos a él y a su impotencia.

Su plan se había derrumbado como un castillo de naipes, y Axel tenía ganas de gritar.

¿Podía haber algo más triste que llegar *solo* a la pedida de mano que había planeado minuciosamente? A Axel no se le ocurría nada hasta que entró en el reservado, saltó el mecanismo que hacía volar los globos y el confeti y empezó a sonar el inicio del tema principal de *Frankenstein*.

Hacía años que no se sentía tan deprimido.

—Repíttemelo otra vez —dijo Lissa—. ¿Habéis discutido?

—¡No lo sé!

—¿Qué tenéis —continuó Nico—, dieciséis años? Creía que habíais dejado de lado esa faceta de vuestra relación cuando os graduasteis del instituto, pero supongo que hay vicios que nunca se van.

—Muy gracioso. —Axel se pasó las manos por el pelo y se inclinó hacia delante. Llevaba solo tres minutos de videollamada con sus amigos y ya se quería tirar por el Tower Bridge—. ¿Qué hago? Las hamburguesas se han quedado tiesas.

—Como tu relación.

—¡Nico! —exclamó Dave.

—¿Qué? Intento animar.

—Voy a llorar —murmuró Axel. Él apenas bebía alcohol, pero se estaba planteando abrir la botella de champán y bajarla de un trago.

Lissa torció el gesto.

—Ha sido todo un malentendido, Axi. Ya verás. ¿Por qué no lo llamas y le dices que vaya a buscarte?

—¿Y de qué serviría? Ya no van a salir más globos. —Apesadumbrado, le dio una patada a uno de ellos, que echó a volar bien lejos—. ¿De quién fue la maldita idea? ¿Qué cojones vamos a hacer con todo esto?

—Venga, no seas así —animó Dave—. Estas cosas pasan. Al final, es imposible predecirlo todo. ¿Te vas a rendir tan fácilmente? No es propio de ti.

—Además —continuó Liss—, es la pelea más tonta del mundo. ¡Dudo que Key esté enfadado de verdad!

—¿A quién se le ocurre comportarse así durante un aniversario? —añadió Nico—. Incluso yo, que nunca llego a tanto, sé cómo debe celebrarse uno.

—Nico, te voy a pegar un puñetazo —amenazó Axel.

El aludido bufó.

—Lo que quiero decir es que eso es lo que le pasa a tu novio tonto: que está confuso, no enfadado. Estoy seguro de que, cuando habléis, te arrodillarás para algo más que para pedirle matrim...

—¡NICO! —exclamaron Axel, Lissa y Dave a la vez.

Dios, ¿por qué era amigo de semejante ser? ¿Y por qué lo animaba a salir con su hermano? ¿Estaba empezando a arrepentirse!

Nico parecía más que indignado cuando soltó:

—No se os puede decir nada.

—Voy a colgar —dijo Axel—. Os haré caso. Voy a buscar a Key y... no sé. A la mierda el plan, supongo. En cuanto me plante frente a él, se lo pediré.

Era pensarlo y le entraban náuseas, pero no iba a rendirse. Jamás había estado tan seguro de algo como de que quería casarse con el puñetero Key Parker.

—Ánimo. —Lissa alzó ambos pulgares y sonrió—. ¡La próxima vez que nos llames lo harás como un hombre prometido!

—A por todas, tío —se sumó Dave.

—Y si no, siempre puedes...

Axel no se quedó a escuchar el final de la frase de Nico. Conociéndolo, seguro que era algo sexual, y suficientemente nervioso estaba ya como para encima añadirle la presión de ser una estrella del porno. No, gracias.

Se levantó de la silla de un brinco, guardó el móvil en el bolsillo y se puso el abrigo. Antes de salir del reservado, echó un vistazo a su alrededor algo apesadumbrado. Qué desperdicio de tiempo y de dinero.

Bueno, siempre podían volver una vez que se declarara.

Axel atravesó abatido la recepción del hotel. Ignoró las miradas curiosas y salió a la calle, donde el frío de la noche londinense le mordió la piel y le hizo estremecerse.

Esta vez no pidió un taxi. Su apartamento, aunque quedaba lejos, no estaba mal comunicado, y necesitaba andar para descargar la adrenalina acumulada. Así que se lanzó a la aventura y fue repitiendo mentalmente el discurso que tenía preparado durante todo el trayecto.

«Key Parker, te conozco desde hace muchos años y...».

No, no era así.

Otra vez.

«Key Parker, yo...».

¡Mierda!

Sacó las llaves de casa con manos temblorosas. Su piso era un cuarto sin ascensor, pero, por primera vez desde que se habían mudado, lo agradeció, porque le permitió seguir en movimiento. Le latía el corazón muy rápido. Ya estaba frente a la puerta. Le sudaba todo el cuerpo y tenía la respiración acelerada.

«Puedes hacerlo, Axel».

Metió la llave en la cerradura, giró y...

El vestíbulo estaba adornado con un caminito de velas que llevaban hacia un salón decorado de una forma muy parecida al reservado que había alquilado él.

Así que por eso tenía tanta prisa por llegar a casa.

«Gorila estúpido...».

—¿Key? —preguntó. Silencio—. ¿Titán?

Era evidente que el *golden retriever* no estaba en casa o ya estarían en el veterinario: su perro era incapaz de ver algo potencialmente letal y no comérselo. Vale, pero ¿y su novio? ¿Dónde se había metido?

—Eres la persona más difícil de sorprender del mundo —dijo una voz.

Se trataba de Key, que acababa de asomarse por la puerta que daba al salón. Sonreía, así que Axel no pudo evitar suspirar aliviado.

—¿Qué...? —trató de preguntar.

—Sabes que odio darle la razón a Nico —lo interrumpió su novio. Una mentira a medias. Con el paso de los años, ambos habían dejado a un lado sus diferencias y ahora se llevaban mucho mejor—, pero, en serio, ¿a quién se le ocurre fingir un accidente?

—¿Has hablado con Dave y Lissa?

—Claro que sí —continuó Key, mientras se acercaba a él—. No te enfades con ellos —añadió, al ver su expresión—. Estaban preocupados por ti. Me han llamado para decirme que no te tuviera en cuenta tu actitud de hoy. Ah, y también me han confesado que lo del accidente era mentira, que lo habíais planeado por algo, aunque no me han dicho el porqué. En realidad, no hacía falta que te defendieran. No estoy enfadado.

—¿Qué? —repitió Axel—. Lo de antes... ¿era mentira?

—Claro que sí. Aunque me parece que yo actúo mejor que tú, ¿no crees? —dijo Key. Se paró frente a él y le acarició la mejilla—. Necesitaba volver a casa sin ti para preparar todo esto. Siento haberte dejado tirado en plena calle, por cierto.

—No lo entiendo. Si se supone que no sabías lo del accidente hasta que has hablado con mis amigos...

—Me lo olía. Eres transparente —continuó él, con una sonrisa algo culpable—. Si a Dave y Lissa les hubiese pasado algo no habrías estado tan tranquilo. Y si a eso le sumas lo raro que has estado todo el día... Me ha parecido buena idea aprovecharme de tus planes para llevar a cabo los míos.

Bueno, ahora todo tenía sentido. La decoración, el «puede» tan misterioso de esa mañana, la fecha...

—¡Un momento! —exclamó—. Sé lo que vas a hacer y no, me niego. Ni de coña.

Key parpadeó y le lanzó una mirada que mezclaba tristeza, confusión, sorpresa y preocupación.

—¿Qué...? ¿Sabes que te iba a...? ¿No quieres que te lo diga hoy o no quieres...?

—¡Déjame terminar! —La voz le tembló. En realidad, todo él temblaba como un flan. Sentía retortijones en la tripa y las palmas de las manos le vibraban por la expectación—. Estaría enfadado contigo por jugar conmigo de no ser porque es lo mismo que he hecho yo contigo, así que...

—¿Qué...?

—No me interrumpas. Perdona por haberme portado tan mal hoy. Es que... Necesitaba que todo saliera perfecto y... Tenía un discurso preparado, pero a la mierda.

—¿Axel? Me estás empezando a asustar.

Axel cerró los ojos y tomó una fuerte bocanada de aire.

—Key, te... te quiero, joder. Te quiero muchísimo. Tengo la sensación de que te he querido durante más años de los que he pasado en este mundo, aunque sé que es imposible. Lo que sí es que no tengo ningún recuerdo anterior a que tú aparecieras en mi vida. No soy capaz de concebirla sin ti. Antes, porque eras el imbécil del mejor amigo de Ben y siempre pensaba en vosotros como un molesto pack. Ahora, porque eres la persona que me complementa. No me completas. No eres mi media naranja, que eso es jodidamente cursi, además de una tontería, sino... Me gusta ser una naranja entera junto a ti. Dios, eso no tiene sentido, ¿qué coño...?

Key soltó una pequeña risita y Axel se pasó la mano por el pelo. Se estaba muriendo de la vergüenza, pero ahora que había empezado a hablar no iba a parar.

—Eres idiota. Las veces que me sacas de quicio superan con creces a las veces en las que me dejas tranquilo. No sabes cocinar,

y jamás recoges el baño. Tiendes a olvidarte el cartón de leche vacío en la nevera, y tampoco sabes hacer la cama sin arrugas. Me quemaste mis vaqueros favoritos con la plancha, te cargaste al pez que nos regalaron en aquella feria y me hiciste dudar de tu capacidad como adulto funcional cuando se te olvidó pagar la factura de la luz y estuvimos varios días alumbrándonos con velas. Pero te quiero. Joder, te quiero tanto que ni siquiera sé dónde cabe todo este cariño. No sé cómo no me explota el pecho cuando te miro. No sé cómo consigo respirar cuando me sonríes, cuando me besas y cuando me dices que tú también me quieres. Es imposible ser más feliz de lo que ya lo soy ahora, contigo, pero podemos intentarlo. Así que...

Axel hincó una rodilla y rebuscó en el bolsillo del abrigo. Tardó unos largos y patéticos segundos en encontrar la cajita, y aún un poquito más en sacarla y abrirla frente a Key, pero no le importó. Porque su novio sonreía, tenía los ojos llorosos y parecía más feliz de lo que lo había visto nunca.

—¿Quieres casarte conmigo?

Silencio.

Un latido.

Dos.

Tres.

Y luego el susurro de Key.

—Sí. —La voz le tembló, así que asintió y repitió—: Sí.

Axel sacó el anillo e intentó ponérselo a Key, pero, como aún temblaba por la emoción, fue incapaz de hacerlo. Su novio soltó una carcajada.

—¡Eh! —se quejó él, sin mucha convicción. También se estaba riendo—. ¡No te burles! ¿Qué tal una ayudita?

—Trae aquí, anda. —Su novio le quitó el anillo y, juntos, terminaron de colocarlo en el dedo anular de la mano derecha de Key. Este lo observó, visiblemente emocionado—. Es tan...

—Si me dices simple, me muero. Me he pasado semanas buscando uno que no te molestara. A ver, sé que te lo tendrás que quitar cuando entres en el quirófano, pero también he

comprado una cadena para que, si lo prefieres, lo lleves colgado del cuello y...

—Perfecto.

Axel se incorporó. Sin decir nada (no habría podido ni aun queriendo), terminó de acortar la distancia que los separaba y lo besó. Al principio, no fue más que un roce de labios. Sin embargo, Key tiró de su nuca para acercarlo aún más y los picos dejaron de parecerles suficiente. Se besaron una y otra vez, todo lengua, caricias, respiraciones agitadas y corazones latiendo a un compás acelerado.

Key le quitó el abrigo a Axel y empezó a darle besos en el cuello mientras este le acariciaba la piel del abdomen.

—Por cierto —murmuró—. ¿Y Titán?

—Con tu hermano.

Axel se alejó.

—¿Ben!? ¿Está en Londres? ¿Cuándo ha venido? El muy cabrón no me dijo nada cuando hablé con él. ¿Me engañó? ¿Por eso intentaba sonsacarme si tenía planes?

Key le miró con una sonrisilla.

—Axel... todos están en Londres. Les pedí que me ayudaran a organizar... —Key hizo un gesto que abarcaba todo el salón—. De nuevo, siento haberte hecho creer que me había enfadado contigo.

—Y yo siento haberte hecho creer que nuestro aniversario me daba igual. Quería sorprenderte.

Su novio lo besó. Axel aprovechó para quitarle la camisa. Key tenía la piel de gallina ahí por donde él le pasaba las yemas de los dedos.

—Lo has hecho —susurró Key, que tiró de él rumbo a la habitación. Volvieron a besarse una vez más y retrocedieron hasta la cama. Axel se tumbó sobre el colchón mientras Key, sobre él, le lamía el cuello con absoluta devoción—. Mi naranja entera.

Axel bufó, aunque soltó una carcajada avergonzada.

—Eres un cabrón. ¡Ya te he dicho que estaba nervioso!

Key se incorporó hasta que se miraron cara a cara. Le acarició las mejillas con los pulgares.

—¿Puedo pedírtelo yo también?

Axel tragó saliva, pero asintió. Sintió una corriente helada que le estremeció cuando Key se levantó de la cama y salió de la habitación. Cuando volvió, cargaba con una cajita de terciopelo muy similar a la que él había comprado. Se sentó otra vez junto a él.

—Yo no tenía un discurso planeado, así que...

—No hace falta que digas nada. Ya sé qué es lo que sientes por mí.

—Ya, pero quiero repetírtelo. —Key carraspeó—. Axel, me has cambiado la vida. Sin ti, no sería quien soy hoy. Seguiría siendo Key. Seguiría siendo médico. Seguiría con el mismo grupo de amigos. Pero no sería yo. Porque soy quien soy por todo lo que hemos vivido juntos. Soy quien soy porque un día decidiste abrirme la puerta, incluso aunque me odiabas, y me diste una oportunidad.

—Fuiste tú quien me amenazó para que...

Key le chistó.

—En esa época, estaba tan perdido... Me dolía todo. Me sentía roto en mil pedazos. Odiaba que la gente me admirara, porque yo no terminaba de quererme a mí mismo. Y no voy a decir que tú me curaras, que el amor fuera esa fuerza sanadora de la que hablan las películas, porque sería mentira. Pero sí que me viste como realmente era, y me diste espacio y la oportunidad de hacer las paces conmigo mismo. Me animaste a ser simplemente yo, Key, solo Key. Y ese es el Key que soy ahora. El que se ríe a carcajadas cuando cuentas un chiste porque eres la persona más divertida del mundo. El que se emociona cuando le sonríes. El que se siente pleno, feliz, cuando simplemente nos quedamos dormidos en el sofá. El que ama de esta forma, con todo el cuerpo. El que se levanta deseando que empiece un nuevo día solo porque tú estás en él.

»Todavía no me puedo creer la suerte que tengo de tenerte en mi vida, y de que la persona más increíble que conozco quiera

pasar el resto de sus días conmigo. Sé que la pregunta es redundante, pero ¿quieres casarte conmigo?

Axel parpadeó, intentando contener las lágrimas.

—Sí.

Key sonrió. Se mordió el labio inferior y le colocó el anillo en el dedo anular. Era muy parecido al que había escogido para él, como si se hubiesen puesto de acuerdo para llevarlos combinados.

—Bueno, pues ya está —susurró su novio—. Y ahora...

—¿Empezamos a planear la boda? —preguntó, en un arrebato emocionado. En su cabeza ya se estaba empezando a formar un plan. Objetivo: La Boda Perfecta—. Porque tengo algunas cosas en mente. Habría que sentar a Nico y Ben juntos, que se tienen unas ganas terribles y ya sabes lo que se dice, que de una boda sale otra boda y quizás es el empujón que necesitan para... Ya me entiendes. Oh, y supongo que invitaremos a tu familia de Estados Unidos ¿no? ¿Vendrá tu primo el delincuente con sus amigos? Porque igual habría que prepararles algo para que no se aburran y no hagan de las suyas. Me caen genial, pero acuérdate de las navidades que pasaron aquí en Inglaterra, cuando cometimos el error de irnos de fiesta con ellos. Lissa aún no se ha recuperado del trauma, y hasta Nico tuvo resaca. Y también habrá que hacer algo para Eliza y tus sobrinos. Quiero a esos críos como si fueran míos y si no se lo pasan bien en nuestra boda es probable que jamás me lo perdone y...

—Cariño —lo interrumpió Key. No parecía molesto por la obsesión controladora de Axel, sino todo lo contrario. Todavía sonreía y lo miraba de una forma que le hizo sentirse más amado que nunca—. Joder, cómo te quiero.

Axel enmudeció. Tomó una de las manos de Key y le besó la palma.

—¿Sabes? Creo que podemos dejar lo de la planificación para otro momento. Ahora... —Se acercó a su novio y trató de parpadear de forma coqueta—. ¿Por dónde íbamos?

No tuvo que preguntarlo una segunda vez. Key tiró de él, lo besó y sus cuerpos terminaron enredados entre las sábanas.

Los planes de Axel habían volado por los aires y nada había salido como esperaba, pero no le importó. Porque Key estaba junto a él. Porque lo quería. Porque el molesto mejor amigo de su hermano se había convertido también en su mejor amigo, la persona con la que más le gustaba estar, a pesar de todo.

En fin, quizás tendría que dejar de decir que tenía mala suerte.

Porque, en esos momentos, Axel tenía todo lo que podía desear, ahí, justo ahí, entre sus brazos. Si eso no lo transformaba en la persona más afortunada del planeta, nada más lo haría.



¿QUÉ PASA DESPUÉS DEL FINAL FELIZ?

Axel Waters consiguió al chico perfecto: Key Parker, popular, guapo y estrella del atletismo. Pero también es un maldito mentiroso. Han pasado dos días desde que Axel rompió con él, y aunque sabe que era lo correcto (¡estaba enamorado de su hermano!) es tan tonto que lo echa de menos. Y no puede apoyarse en sus mejores amigos para superar la ruptura, porque Dave está rarísimo, y ni Lissa ni Axel consiguen que les cuente qué le pasa. Por si fuera poco, empieza a sospechar que la relación entre Ben y el misterioso y molesto Nico Rush no es lo que parece.

**La conclusión del romance que
ha cautivado a más de 300.000
lectores en Wattpad**

5500111

ISBN 978-84-19831-12-5



9 788419 831125



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

FANDOM BOOKS

www.fandombooks.es